

EL ALMA HISPÁNICA DE LA
HEROICIDAD VENEZOLANA
REFLEXIONES SOBRE LA FORMACIÓN
HISTÓRICA DEL HEROÍSMO VENEZOLANO

JOSÉ ALFREDO PANIAGUA

Siempre he sentido una fascinación por las grandes historias de los héroes que han marcado el rumbo de los pueblos. Crecí en una tierra de epopeyas, forjada en orígenes combativos y memorias heroicas. Con el tiempo y con la madurez de la reflexión, he comprendido que mucho se ha escrito sobre nuestra heroicidad criolla, desde aquella historiografía romántica temprana, representada por voces eminentes como Eduardo Blanco, Arístides Rojas y Rafael María Baralt, hasta pasar por las páginas lustrosas de los más feligreses defensores de la *venezolanidad heroica*. En sus páginas, las gestas de nuestros próceres alcanzaron la categoría de epopeya, elevando a excelencia narrativa las huellas que las espadas libertadoras trazaron en el mosaico de la guerra. La *Venezuela heroica* no está muerta, por más que los sembradores de ceniza insistan en proclamarlo con un entusiasmo enfermizo.

La *Venezuela heroica* es, en realidad, un mito; y un mito — como lo enseñan grandes pensadores— no es un vestigio del pasado, expresa una palpitación permanente. Somos, pues, herejeros y portadores de esas fuerzas arquetípicas que alimentan las nuevas energías de la heroicidad: ayer militar y combativa, hoy trasladada a los campos de las ideas, de la unión y de la integridad.

Allí donde algunos pretenden sembrar disgregación, nosotros afirmamos integración. Las mentes enanas, mezquinas y serviles aborrecen lo grande y lo admirable; reducen la vida a fórmulas frías y mecánicas, incapaces de comprender que una nación no se sostiene sobre vanidades ni sobre anhelos superfluos: es sobre virtudes profundas y convicciones firmes.

Una patria —y más aún, una *Patria Grande*— necesita de mitos para constituirse en fuerza colectiva. Y esos mitos no son ruinas inmóviles: se actualizan en el presente dinámico, se hacen carne en las decisiones urgentes, se renuevan frente a los escombros de los errores y a los agravios heredados de los ineptos del pasado. El heroísmo no reposa únicamente en las hazañas pretéritas: el heroísmo es un estado del alma, un fulgor siempre vivo en el corazón de los pueblos que tienen hambre de representación elevada, sed de gloria y deseo de festejar con orgullo su gentilicio. Porque quien se enorgullece de lo suyo no es un chovinista — como despectivamente lo acusan los apátridas—, es un entusiasta de lo propio. Y lo nuestro, si ha de ser verdadero, será siempre heroico y elevado.

Al volver la mirada hacia los horizontes de la historia patria, surgen inevitables interrogantes: ¿qué hizo posible que Venezuela engendrara hombres de temple tan extraordinario?, ¿de dónde proviene ese carácter heroico, esa vehemencia espiritual indomable? ¿Cómo se enlazan las fuerzas telúricas de un Guaicaipuro, Losada y Ledesma con las de un Miranda y Bolívar, y con todo ese conjunto de arquetipos y grandes hombres que conforman nuestra historia? La respuesta nos conduce a la Madre Patria: a la *España del Cid*, cuya impronta permanece viva en los genes históricos del pueblo venezolano.

Esa herencia hispánica, transfigurada en el suelo americano, ha dado lugar a lo largo de los siglos XIX y XX a una estirpe de hombres de valor singular, capaces de situar a Venezuela en un lugar privilegiado dentro del concierto de las naciones. Al mismo tiempo, en ese legado se anuda nuestra vertiente simbólica y arquetípica, un caudal de tesoros psíquicos que brotan del mesti-

zaje cultural y espiritual forjado en el Nuevo Mundo, y que constituyen la fuente inagotable de nuestra *heroicidad criolla*.

RAÍCES HISPÁNICAS DE LA CONCIENCIA VENEZOLANA

La comprensión del heroísmo venezolano comienza necesariamente por el examen de la psicología guerrera y combativa de los hispanos en su propia historia, así lo constata don Mario Briceño-Iragorry afirmando que «*nuestra (historia) es la prosecución del viejo drama español*».¹ La Conquista de América no fue un episodio aislado, representó la prolongación natural de un proceso secular que se había forjado en la Península Ibérica a lo largo de la *Reconquista*.² Durante ocho siglos de lucha contra el islam, la espada castellana se templó en una fragua de sangre y de fe, y de ese crisol surgieron los hombres que, tras culminar con Granada en 1492 y ensayar su temple en Canarias, se lanzaron a la empresa ultramarina con la misma convicción de cruzados.

En la España que precede a la Conquista, el honor era una llama que se alimentaba del linaje y de la proeza en el campo de batalla. La guerra de Granada fue el último escenario donde esa llama ardió con pureza: allí se templaron los hombres valerosos y los buenos capitanes de España, aquellos que buscaban señalarse y adquirir renombre en el fragor de la lucha.³ Rodrigo Ponce de León, marqués de Arcos, resumía el espíritu caballeresco de una época: honor, valor, lealtad al monarca, cortesía y generosidad. También Hernán Pérez del Pulgar, al clavar en la mezquita de Granada el pergamino con la invocación *Ave María*, parecía

1. Mario Briceño-Iragorry, *Tapices de historia patria: Ensayo de una morfología de la cultura colonial* (Caracas, 1982), p. 19.

2. Georg Friederici, *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América: Introducción a la historia de la colonización de América por los pueblos del Viejo Mundo* (México, 1973), p. 140.

3. Carmen Bernard y Serge Gruzinski, *Historia del Nuevo Mundo: Del descubrimiento a la conquista y la experiencia europea 1492-1550*, (México, 1996), p. 58.

querer fijar con su osadía el último resplandor de un ideal que se extinguía.⁴

Pero el siglo XV cerraba sus puertas con un aire de despedida. El ideal caballeresco, que durante siglos había sido brújula moral y norte de los hombres, empezaba a retirarse hacia el refugio de las novelas, a buscar amparo en la ficción.⁵ La obsesión por valer más y el celo por el honor sobrevivían aún en las provincias vascongadas, donde la nobleza menuda, abundante en hidalgos, custodiaba su orgullo como quien protege el último signo de una estirpe. El honor ya no se sustentaba tanto en las gestas, reposa en la memoria del nombre: un título heredado, una sombra de nobleza que a veces no encontraba correspondencia con la fortuna material.⁶

Así, cuando los hombres de Castilla y del norte peninsular cruzaron el mar hacia las tierras del Nuevo Mundo, llevaron sólo las espadas y la fe cristiana, sobre sus hombros agonizaba una heroicidad grandiosa que anhelaba su resurrección en nuevas gestas extraordinarias. América fue, para ellos, la continuación de la Cruzada, aunque trasmutada en una epopeya de rapiña, ambición y apostolado. Allí donde se alzaba la media luna se había enarbolado antes la cruz, y en el Nuevo Mundo se repitió esa tensión entre la avidez de oro y la exaltación religiosa que definió a la psicología heroica hispánica.⁷

4. «Entre los jefes militares españoles destacaba el pelirrojo Rodrigo Ponce de León, marqués de Arcos, un hombre impetuoso, héroe del cronista coetáneo Bernáldez y del historiador estadounidense del siglo XIX Prescott. Rodrigo Ponce de León encarnaba las virtudes caballerescas, y veneraba, o por lo menos amaba, virtudes tales como el honor, el valor, la lealtad al monarca, la cortesía y la generosidad. David Hume comentó que “en el siglo XV en España la caballería y lo caballeresco se elevaron, debido a la desbordante imaginación popular, al nivel de culto”». Hugh Thomas, *El imperio español: De Colón a Magallanes* (Barcelona, 2003), p. 42.

5. Bernard y Gruzinski, *Historia del Nuevo Mundo*, p. 60.

6. *Ibid.*, p. 115.

7. «La guerra en torno a Granada y la conquista de las Islas Canarias fueron la escuela en que se formaron los conquistadores de América y siguieron influyendo en las tres o cuatro generaciones siguientes, hasta bien entrado el siglo XVII. Aque-

La Reconquista había legado a España virtudes que serían las mismas de los valientes conquistadores de las tierras americanas: valentía a toda prueba, tenacidad en el infortunio, frugalidad en el vivir, confianza irrestricta en Dios. Era una moral dura, de temple infatigable, en la que la espada suplía al arado y el honor, verdaderamente, era máspreciado que la vida. Ese conquistador llegaba al *Nuevo Mundo* con un bagaje de siglos: el de un pueblo que había hecho de la guerra una forma de existencia, de la violencia una pedagogía constructiva y del mismo sacrificio un destino honorable.⁸

Por sobre la valentía se destacaban aún más, entre los soldados y colonos españoles, la tenacidad, el temple infatigable y, si necesario era, también la frugalidad, cualidades inseparables de los genios de la victoria y que los españoles de aquel tiempo demostraron a tal punto y con tal grandeza como tal vez ningún otro pueblo en la Historia.⁹

Ese espíritu estaba atravesado, además, por un irrefutable individualismo altivo, casi feroz. Los españoles, y en especial los vascos y castellanos que poblaron la América, habían heredado una conciencia de hidalguía que no siempre coincidía con la riqueza, pero que sí se traducía en orgullo y obsesión por el honor. Eran hombres que reconocían al rey, pero que sentían que su derecho

llos acontecimientos guerreros imprimieron su sello a la conquista y penetración de América por los españoles. Casi todo lo que caracteriza y distingue la conquista de América, así en lo bueno como en lo malo, tiene su raíz en aquellas guerras y conquistas de los españoles, salvo en los casos en que emana de los factores y de las condiciones especiales del Nuevo Mundo, que le dan a veces un rumbo o un desarrollo peculiar». Friederici, *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*, p. 261.

8. «Las guerras contra los moros, a las que los padres habían llevados a sus hijos, y en las que los habían educado ya desde la infancia los hijosdalgo, fueron la escuela de todas las virtudes que los españoles habrían de acreditar en América: la valentía, la tenacidad, la frugalidad, el amor por la patria, la confianza en Dios y la religiosidad». Ibid., pp. 331-332.

9. Ibid., p. 424.

se ejercía solo en la medida en que ellos mismos lo hacían valer con la espada. La autoridad no se acataba como un principio abstracto, es el resultado del prestigio personal y la fuerza probada. De allí brotó el individualismo heroico que Cervantes inmortalizó en Don Quijote, pero que ya se había anticipado en figuras como Alonso Andrea de Ledesma, quien, empuñando su lanza solitaria contra los cañones del pirata Amias Preston, encarnaba esa mezcla de caballería y locura, de temeridad y fe que parecía consustancial al alma ibérica.¹⁰

Hombres como Hernán Cortés y Francisco Pizarro, muchas veces llamados oscuros hidalgos, con el deseo de igualarse en el rango honorable de los nombres y las reputaciones, la aventura de las Indias se convirtió en una ruta conveniente para la nueva conquista y el hecho asombroso de una aventura que los elevaría finalmente.¹¹ Aquellos hombres también gustaban de compararse con leyendas grandiosas como Héctor y Rolando, «modelos que los conquistadores, por momentos, tienen la sensación de superar». ¹² En todos ellos brotaba ese signo de divinidad y misión humana, un hálito de supremas ansias de permanecer inscritos no sólo como los nuevos representantes de la Península, y sí como protagonistas inmarcesibles de la gran historia que estaba por

10. «De ese temple fueron los conquistadores y pobladores de América. Su rudeza, su valor arrogante, su intenso amor propio, sus instintos profundamente igualitarios eran aun los mismos de aquellos fieros castellanos que en las behetrías tenían por Señor a quién bien les hiciere y respetase sus libertades, y de los Aragoneses que no facian al rey sino después de haberle arrancado el juramento “de guardar y respetar sus fueros e preminencias, e si non non”». Laureano Vallenilla Lanz, *Disgregación e integración: Ensayo sobre la formación de la nacionalidad venezolana* (Caracas, 1953), p. 44.

11. «¿Cómo, en ese caso, hombres como Hernán Cortés o Francisco Pizarro no se habrían dejado tentar por la aventura de las Indias? El señuelo del oro, por poderoso que fuera, no era la única motivación de esos oscuros hidalgos. Allá, del otro lado del Atlántico, una nueva conquista los aguardaba y, gracias a ella, la posibilidad de elevarse a un rango de igualdad con los más grandes nombres de España». Bernard y Gruzinski, *Historia del Nuevo Mundo*, p. 60.

12. Ibid., p. 260.

nacer en el Nuevo Mundo. La vida del conquistador fue, por ello, más espectaculares que cualquier libro de caballerías.

Las aventuras vividas por los conquistadores de América eran, con frecuencia, mucho más románticas y novelescas que las legendarias hazañas del rey Arturo y de los Caballeros de la Tabla Redonda.¹³

Cada expedición era un poema homérico y, a la vez, una empresa mercantil. El héroe español se movía entre el anhelo de engrandecer a Dios y a su rey, y la ambición de hallar oro y honra personal, una nueva vida en unas posibilidades más acertadas que en la Península. Esta tensión generó un tipo humano paradójico: cruzado y aventurero, devoto y brutal, capaz de rezar en la mañana y degollar en la tarde, de fundar ciudades y arrasirlas. La guerra había convertido a los guerreros en una casta superior en la Península, y esa mentalidad de desprecio al trabajo manual, a la agricultura o al comercio, se trasladó también al Nuevo Mundo.

En lugar del esfuerzo silencioso, se exaltaba la hazaña; en lugar del paciente y mesurado labrador, el hombre de aguerrida lanza y formidable caballo.¹⁴ La rudeza de esa tradición era inseparable de su brutalidad, pero no una brutalidad ciega y torpe, como la visión alimentada de las corrientes negativas a nuestras herencias hispanas. La Reconquista había engendrado no solo valentía, brotó allí una necesaria ferocidad que dotaba de carácter colectivo a unos hombres de un alma sedienta de gloria, como escribiera Rufino Blanco-Fombona, *toda una suerte de virtudes*.

13. Friederici, *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*, p. 261.

14. «Los caballos y las lanzas, los caballos que seguían a los ejércitos: he aquí su propiedad, la que solo se fijaba en las tiendas de lona, detrás de una estacada o dentro los derruidos muros de una pobre villa tomada por asalto. Nadie puede calcular, si no es por los efectos, lo que puede endurecerse una raza durante tantos siglos de guerra nómada, casi sin otro contacto que el de las tribus árabes o africanas. Así, toda idea de trabajo y de propiedad se atrofió. La adquisición violenta vino a ser considerada como natural». Rufino Blanco-Fombona, *El conquistador español del siglo XVI: Ensayo de interpretación* (Madrid, 1931), p. 234.

La violencia es constante e indeclinable en la historia del país. No se olvide lo que se deba a la barbarie de los tiempos, que hacían no españoles, sino universales, los procedimientos de sangre. Con todo, el sentimiento guerrero y la ninguna vacilación ante las decisiones rigurosas caracterizan a la Península y sus distintos pobladores desde los tiempos más remotos: los iberos defendían el territorio con tenacidad; son taciturnos, violentos.¹⁵

Los conquistadores que llegaron a América heredaron la violencia de las guerras internas de Castilla y Aragón, y las repitieron en las guerras civiles del Perú o en las luchas intestinas de Venezuela. No eran sólo caballeros cortesés, entre ellos se formaban hombres endurecidos por la intemperie de la batalla, era su escuela de vida y su fiel mandato de existencia combativa. Su moral era la de la supervivencia: el caudillo que no era de *pico y garras aceradas* estaba condenado a ser aplastado por las circunstancias. Suma a todo ello, la psicología heroica del conquistador —y con él la raíz del heroísmo venezolano— fue el resultado audaz, acelerado, agresivo, de una herencia en la que se fundieron el valor indómito, una tenacidad recia, el individualismo ibérico y la ambición de fortuna con un espíritu aventurero que no conocía límite alguno. Aquella mezcla de virtudes y vicios, nacida en la Reconquista y afinada en las guerras de Italia y en Canarias, se trasplantó íntegra a América.

Y es que nuestra Patria, desde los días de la Conquista, estuvo siempre sacudida por un fuerte viento de heroísmo, y tal carácter se presenta con lineaciones fabulosas en los años de la Independencia.¹⁶

15. Ibid., p. 94.

16. Eleazar López Contreras, *Páginas para la historia militar de Venezuela*, (Caracas, 1944), p. 438.

Allí se expresó en las figuras fundacionales como Losada o Ledesma, y de ese *humus* brotó, en la posteridad, el temple heroico de Miranda, Sucre y, sobre todo, Bolívar. El Libertador, pues, no surge *ex nihilo*: es la cristalización suprema de esa tradición hispánica que había hecho de la guerra un arte, de la audacia una doctrina y de la voluntad un destino personal que arrastraba a sus contemporáneos a las estepas de su propia grandeza y gloria. Y no olvidemos —como no lo olvidó Rufino Blanco-Fombona cuando atravesó las estepas de la gran historia hispánica con su verbo fulgurante— que el valor heroico de la España de la Conquista se traslada, casi íntegramente, al siglo XIX durante la guerra de Emancipación. En esa transfiguración, la energía épica de los Tercios y de los cruzados se metamorfosea en la vitalidad criolla, dando forma al tipo humano del venezolano heroico: hijo de la Gran España, pero madurado en los soles de América.

España, matriz de civilización y fuego, posee en sus combatientes las pruebas eternas de esa casta invencible que no conoció el cansancio ni la claudicación. Aquellos soldados que, en nombre de su rey, lucharon con temple de hierro contra los patriotas americanos, no fueron menos heroicos que estos. Morillo, Canterac, Rodil, Valdés, e incluso el azote de los Llanos, José Tomás Boves, son expresiones distintas del mismo espíritu solar y bélico que siglos antes había poblado las llanuras de Castilla y los riscos de Aragón con los ecos del Cid y de los cruzados.

¿No fue Valdés un modelo para nuestro Sucre, el caballero perfecto de la independencia? ¿Y no fueron él y Canterac magníficos trotadores de los Andes, guerreros de montaña que, como en una epopeya homérica, cruzaban los abismos del Perú bajo el signo del deber y la gloria? ¿No fue la resistencia de Rodil en la fortaleza del Real Felipe un espejo del heroísmo de Salom de Carabobo cuando logró vencerlo finalmente tras meses de ardua resistencia? Ambas gestas, separadas por banderas opuestas, nacen de una misma raíz heroica: la hispánica.

Aquel ardor que animó a Boves, con toda su furia devastadora, vibra en la misma frecuencia mítica que el arrojo de Bermú-

dez, Ribas o Arismendi. En todos ellos, tanto en patriotas como en realistas, se conserva la impronta profunda de un mismo espíritu de raza —no racial en sentido biológico, sino espiritual y moral—: el del hombre nacido para combatir, resistir y vencer. Esa energía, heredada de la España de las Cruzadas y la Conquista, nunca se agotó, jamás se disolvió; tan solo mudó de forma, encarnándose en los hijos nuevos de la Península en Tierra Firme, en la sangre ardiente del criollo venezolano. Sobre este fenómeno de transmutación heroica, Rufino Blanco-Fombona sentenció con justeza inmortal:

El heroísmo, en efecto, parecer ser el resorte mágico de esta raza de hierro. Y tal virtud, latente en las entrañas de este pueblo de presa, guarda quizás la clave de un futuro resurgimiento.¹⁷

Cuando se habla de España y de su historia de combate y fe, no tratamos con una nación más dentro del concierto del mundo, por el contrario, es una esencia cósmica, con una llama civilizadora que ha modelado, a través de los siglos, la conciencia heroica de Occidente. No son meras dimensiones geográficas ni simples episodios históricos: España es el alma profunda y somnolienta de una Europa huérfana de mitos y propósitos. Su espíritu no descansa; yace en vigilia perpetua, aguardando el llamado de la epopeya. La España que duerme, cubierta por los velos del tiempo y la modernidad descreída, es la misma madre que observa, entre el recelo y la ternura, a sus hijos dispersos en el vasto continente americano —hijos rebeldes, pero portadores del elemento solar que encendió las Cruzadas.

América, y especialmente Venezuela, no nació del vacío y las pretensiones de balcanizar supuestamente con auxilio anglosajón, provenimos de ese soplo de hierro y oración que la Madre Patria derramó sobre sus dominios en los comienzos del Nuevo Mundo.

17. Rufino Blanco-Fombona, *Ensayos históricos* (Caracas, 1981), p. 430.

Si en España el combate era una forma de fe, en América se tornó una forma de destino. Los conquistadores, místicos y soldados de Dios, trajeron no solo la lengua que luego perfeccionarían Cervantes, Quevedo y Lope de Vega, y la cruz, traerían el temple siempre macizo del hombre hecho para la lucha frontal, encarnizada, temeraria; aquel que cae y se levanta, que ora y pelea, que sufre y funda, hace, crea. Esa sangre española se diluyó en los ríos del Nuevo Mundo y se rehízo en la cuna criolla que más tarde daría nacimiento al héroe venezolano.

Porque, como si la Providencia misma la hubiese escogido para su designio más ardiente, España nació bajo el signo del combate. El español es un hombre de fuego —no un fuego desbaratador, sino hacedor—, el mismo fuego que temple el acero, que forja el carácter, que purifica la voluntad. De ese mismo fuego heroico, transfigurado y mestizo, provienen los venezolanos: herederos de una estirpe de hombres que aprendieron a convertir la guerra en civilización, la cruz en espada y la adversidad en perpetua victoria. España es el origen del gesto y del verbo heroico; Venezuela, su prolongación ardiente en el hemisferio del sol, en el horizonte del *Caribe heroico*, *Caribe nuestro*.

DESCOMPOSICIÓN DEL CARÁCTER ESPAÑOL

El carácter español es una fuerza viva de la historia. No son las sombras del pesimismo y el derrotismo los motores de los grandes pueblos; es la energía viva, volcánica, que modela a pueblos y continentes enteros, dotándolos de caracteres de valor supremo. En su esencia está la acción, el empuje, el gesto de combate que no admite quietud parasitaria. España, durante siglos, fue yunque de acero y espíritu indómitos; en sus entrañas, vísceras de oro, se caldeó la voluntad heroica que haría posible el milagro de América. De esa raza que resistió al Islam y desafió al inconmensurable mar, nacieron los conquistadores: hombres que encarnaban la idea del heroísmo perpetuo, hombres en quienes la vida se

confundía con la leyenda y que ansiaban imprimirse en las epopeyas de las generaciones venideras.

Quedamos, pues, en que hasta los santos españoles respiran energía. La energía es fundamental en la raza: se observa el través de toda su historia y, a pesar de todas las mezcolanzas étnicas, desde los tiempos del ibero primitivo hasta nuestros días. Esa energía ha convertido a la española en una raza guerrera.¹⁸

Rufino Blanco-Fombona vio en el español del siglo XVI no un simple aventurero, captó un tipo universal, un arquetipo de raza. Lo llamó hijo de una edad de *hiperheroicidad nacional*, donde la virtud no consistía en la contemplación holgada y sí, en cambio, en la duradera y marcada acción de inmediato, en su expresión colérica. El español era, para él, una especie de animal peligroso, un hombre que pintaba con su espada de fe la historia de sus glorias, porque su cristianismo no lo apartaba del combate, más bien que lo justificaba. Los santos de España —dice Fombona con su verbo ardoroso— no fueron *mansos ni dulces*, al contrario, fueron guerreros de lo absoluto: Teresa de Jesús que pelea con el demonio, Ignacio de Loyola que combate por Cristo, y el místico Juan de la Cruz que escribe sus visiones como si blandiera un acero.¹⁹

Así, el espíritu español, aun cuando ora o medita, se comporta como un soldado. Su genio espiritual es heroico; su fe, combativa; su religión, un ejército. No hay español sin lanza, parece decir Fombona, y en esa lanza —que es cruz y espada simultáneas— vibra el signo de su historia. De esa misma fibra surgieron Cortés, Pizarro, Valdivia: los épicos leones que, en número ridículo, desafiaron imperios, selvas, océanos, volcanes y hombres y también concepciones del mundo, que es una cosa verdadera-

18. Blanco-Fombona, *El conquistador español del siglo XVI*, p. 24.

19. *Ibid.*, p. 21.

mente importante de señalar. Fueron —como escribió el propio autor— los dioses de una edad heroica, que desafiaron al hombre, a la Naturaleza y a lo desconocido.

Aquellos conquistadores no eran los buscadores del oro únicamente; eran los constructores de un mito renovador. La llamada *fiebre amarilla* —esa sed de riqueza y mando— no era, en el fondo, más que una forma transfigurada de la ambición heroica.²⁰ No se movían por el cálculo y sí por el ímpetu; no por la avaricia, era movimiento por la necesidad interior de dejar huella, de perpetuar la acción. Eran —como diría Blanco-Fombona— *fuerzas de la Naturaleza* más que hombres. Y si cometieron crueldades, si pecaron de ferocidad, lo hicieron con la inocencia terrible de quien cumple un destino.

El conquistador fue el último caballero del mundo antiguo y el primer hombre del mundo moderno. Su brazo empuñó la espada que dividió dos eras. En él se funden la fe del cruzado y la ambición del renacentista; el delirio religioso y el ansia de dominio. Fue el héroe total, el hombre que, creyendo servir a Dios, agrandó el mundo. Por eso Fombona, con la pluma prendida en un fuego casi quijotesco, vio en el conquistador el símbolo más puro de la *raza española*: mezcla de locura y de genio, de brutalidad y de ideal, de orgullo y de sacrificio. Un hombre que se lanza a la inmensidad sin brújula, confiado en la suerte y en su brazo. En el fondo, es un Don Quijote en armadura de hierro, un soñador que sustituye la Dulcinea por un continente, y la lanza por la espada toledana.

España, madre de este tipo humano, fue un pueblo de santos y soldados, de místicos y aventureros. Y si hoy parece dormir bajo el polvo de sus glorias, su alma aún respira en los pueblos que la prolongaron. En América, donde el idioma, la fe y la bravura son herencia suya, el eco de su epopeya sigue resonando. Los conquistadores, esos hombres que parecían hechos de granito y de ensueño, legaron a nuestros pueblos la pasión por lo imposible y

20. Ibid., p. 228.

la dignidad del riesgo hechizante. El individualismo, en el español, es virtud y condena.²¹ Nace de la altivez del alma y de la necesidad de obrar por sí mismo, sin admitir yugos ni amos. Es el reflejo de una conciencia que se siente dueña del mundo, heredera de los cruzados y de los aventureros, de los que no aguardaban órdenes para lanzarse a la hazaña.

Por eso, como bien observó Blanco-Fombona, la guerra de guerrillas es una creación española: la forma natural de lucha de un pueblo donde cada soldado quiere significarse, destacarse con proporciones de héroe, sentir que su lanza, su brazo y su arrojo son suficientes para modificar el destino. Allí no hay masas anónimas; habitan individuos épicos. Esa herencia ardiente cruzó el océano y se arraigó en las tierras de América. Los caudillos de la emancipación, afirma Fombona con clarividencia, fueron guerrilleros antes que generales: hombres de genio y de instinto, no de disciplina. Bolívar, Miranda, Sucre, Piar, San Martín, todos ellos son —en la palabra del venezolano— *guerrilleros ilustres*, jefes de hombres que combaten con la iniciativa personal del héroe y la desobediencia sagrada del que no soporta el mando ajeno. Páez, sobre todo, es para él la culminación de este tipo humano: el magnífico y casi fabuloso guerrillero, centauro nacido del polvo de los llanos, criatura solar que sólo obedece a la voz interior de su destino.

Pero este mismo individualismo —tan glorioso en el combate — fue también la ruina en la política. La misma energía que hacía de los españoles conquistadores y de los criollos libertadores, los hacía incapaces de someterse al principio de autoridad. La espada que servía para fundar, servía también para dividir. Bolívar, el genio supremo de la unidad, fue derrotado no por los ejércitos enemigos, infectado luego por los microbios —dice Fombona con ironía trágica—, esos diminutos representantes del *espíritu de la raza*, que preferían su aldea a la patria continental, su caudillo a la ley, su provincia al mundo.

21. Ibid., p. 25.

El sueño inmenso del Libertador —crear la *reina de las naciones*, el Gran Poder Americano— naufragó en ese mar de pasiones locales. La herencia del individualismo, que en el campo de batalla produjo epopeyas, en el gobierno parió repúblicas microscópicas. La raza heroica se fragmentó en pequeñas soberanías de orgullo. Allí donde Bolívar quiso edificar una catedral de libertad, los hombres levantaron capillas. Y, sin embargo, en esa contradicción arde el drama glorioso de nuestro origen. Somos hijos del heroísmo y del exceso, de la independencia que funda y del orgullo que destruye. Si el español nos legó su espíritu combativo, también nos entregó su fuego interior, su irremediable soledad creadora. De esa herencia surge el venezolano —y el hispanoamericano en general—, mitad titán y mitad soñador: capaz de construir imperios, pero también de disolverlos en el aire por el simple placer de afirmar su voluntad.

Porque el individualismo de nuestra estirpe no es función del egoísmo: es un modo de afirmación del *ser*, una protesta permanente contra la servidumbre. En su exceso, destruye; pero en su raíz, ennoblece. Es el sello heroico de un pueblo que prefiere perecer libre a prosperar obediente. El carácter heroico español tiene su reverso en la dureza, que deriva de su fatalismo estoico y su fervor católico *sui generis*.²² Esta dureza racial se manifiesta como una indiferencia al dolor ajeno, mereciendo la acusación de crueldad, hallada tanto en los euro-hispanos —Torquemada— como en los américo-españoles —Rojas—. ²³Esta crueldad se exacerbó durante la Conquista, donde la avidez y el fanatismo religioso de conquistadores como Pizarro y Cortés resultaron en la desaparición de razas enteras.²⁴ No obstante, la dureza persistió y se intensificó en la lucha por la independencia.

22. Ibid., p. 73.

23. Ibid., p. 74.

24. «Respecto a crueldad, no vale la pena insistir. España, y principalmente Castilla, ha sido y es pueblo cruel con los demás y consigo misma. Tiene los defectos que corresponden, como reverso, a sus virtudes. Raza heroica por un lado, carece por el otro de sensibilidad. Es la misma en sus guerras civiles del siglo XIX que en sus

La guerra de emancipación en Venezuela, sabemos con detalle, fue el teatro de la lucha más encarnizada y cruel, un baño de sangre sobre el cual la Patria se postraría al amontonarse doscientos mil cadáveres. Caudillos realistas españoles como Boves y Morales cometieron atrocidades inauditas —y, aunque raro, también mostraron una fiereza y dureza propias de lo relatado en esta pieza, por lo cual también destacan sus virtudes congénitas de esa raza de hierro—. No obstante, los patriotas republicanos venezolanos no se quedaron atrás. Antonio Nicolás Briceño, por ejemplo, «corta a pacíficos españoles la cabeza y escribe cartas con la sangre de las víctimas».²⁵ Otras bestias de nuestra nacionalidad, entre los cuales destacan siempre Arismendi y Ribas como expresiones de ferocidad, cumplen con esos excesos. Ni hablar de Bermúdez o Campo-Elías.

Aunque considerado el héroe simbólico de la raza hispanoamericana, el Libertador emitió la proclama de Guerra a Muerte —en la ciudad de Trujillo en el año 1813— o sin cuartel y fue censurado por algunos historiadores por la falta de la magnanimidad, la piedad y la humanidad. Blanco-Fombona concluye —apoyado sobre los juicios de Juan Vicente González—, sobriamente, que esta crueldad recíproca entre españoles y americanos era, en esencia, *muy española*, probando que los americanos heredaron esta dureza de la raza.²⁶ Y hasta hoy, esa dureza, con sus variaciones sociológicas, reposa sobre el carácter social de Hispanoamérica.

guerras de conquista del siglo XVI. América quedó casi despoblada; razas enteras desaparecieron». Ibid., p. 268.

25. Ibid., p. 78.

26. «La guerra entre tales contendores no podía ser un idilio. No lo fue. Fue dura. ¡Cómo no! He aquí la explicación que de ello da un historiador americano, Juan Vicente González, biógrafo del general José Félix Ribas: “luchaban los españoles con sus hijos”. Es verdad: aquella crueldad recíproca era muy española». Ibid., p. 82.

RESISTENCIA Y COMBATE

En el vasto caudal de la Historia, los grandes acontecimientos encierran una complejidad que trasciende lo meramente político o social: confluyen en ellos procesos étnicos, transformaciones psíquicas y mutaciones culturales que alteran profundamente las bases constitutivas de las generaciones futuras. Tal es el caso del Nuevo Mundo, de la América Hispana o, en términos más entrañables, de la Tierra de Gracia. Este espacio singular, que con el tiempo adoptó el nombre glorioso de Venezuela, guarda en su seno un vórtice de elementos heroicos que se conjugaron en el devenir histórico. Pienso que tres etapas resultan decisivas en esa formación, y que, a la luz de los siglos, aún centellean —aunque a veces en tono grisáceo— en las juventudes del presente, las cuales anhelan el retorno del soplo de heroicidad que, en otro tiempo, fue fuente de valores eternos.

Detengámonos por un instante en los inicios. Aquellos territorios, dispersos y fragmentados, eran el hábitat de numerosas tribus aborígenes que, a diferencia de las civilizaciones más articuladas de México o el Perú, no llegaron a conformar sistemas políticos unificados ni estructuras estables de gran escala.

Nuestros indios, o los indios que vivían en el actual territorio nacional, podríamos catalogarlos como pertenecientes a las tribus más atrasadas de América.²⁷

Sin embargo, en esa aparente dispersión se ocultaba una energía singular. Eran pueblos recios, orgullosos de su terruño, celosos de su independencia, combativos y guerreros: encarnaban las voluntades primitivas de la *virtud solar* del hombre primero. En sus arcos y macanas palpitaba un temple que anunciaba, en germen, el destino de lucha que marcaría para siempre estas tierras. Friederici destaca «los combates de la época de los descu-

27. Briceño-Iragorry, *Tapices de historia patria*, p. 42.

brimientos y de los tiempos posteriores», pues «ofrecen gran número de ejemplos perfectamente comprobados de actos personales de heroísmo y de espíritu de sacrificio por parte de los indios». ²⁸ También destaca esa feroz resistencia de los indios de Venezuela y Colombia durante el marco de las operaciones de los alemanes Welser.

Las deidades, mitos y ritos de los primeros indígenas desempeñaron un papel decisivo en la conformación de la simbología psíquica de aquellos pueblos primitivos, cuya cosmovisión, aunque rudimentaria, les otorgaba cohesión y sentido —sólo en sus tribus determinadas, pues mantenían, muchas veces, disputas territoriales entre sí. Habría que señalar con justicia que estos espejos míticos abrían fuerzas combativas en estos primitivos seres, como, por ejemplo, sucedía en el Perú, en donde «para los peruanos, la victoria de un ejército dependía en última instancia de las fuerzas no humanas encarnadas en los huacas, entidades epónimas de configuraciones diversas». ²⁹

Todos estos relatos son para los indígenas la expresión de una realidad original, mayor y más llena de sentido que la actual, y que determina la vida inmediata, las actividades y los destinos de la humanidad. ³⁰

Eran, sin duda, sociedades marcadas por la dureza de la vida salvaje; pero al mismo tiempo poseían un temple heroico que constituye, en sus orígenes, uno de los primeros elementos de nuestra incipiente heroicidad criolla. Fue en los llamados *caciques heroicos* donde esa energía se manifestó con mayor intensidad: en ellos la *Resistencia* se erigió como módulo fundamental de defensa, una afirmación de dignidad frente a un mundo desconocido que irrumpía con nuevas visiones, hábitos y estructuras de

28. Friederici, *El carácter del descubrimiento y de la conquista de América*, p. 193.

29. Bernard y Gruzinski, *Historia del Nuevo Mundo*, p. 413.

30. Mircea Eliade, *Mito y realidad* (Barcelona, 1991), p. 15.

poder. Aquellos aborígenes no podían comprender por qué debían desplazarse ni ceder el territorio ancestral a unos hombres nunca antes vistos, portadores de una fe y de un orden civilizatorio que, aunque más elevado y honorable en su cosmovisión, representaba para los naturales una amenaza existencial.

Todos los Caciques defendieron sus territorios con una tenacidad de que no se les creía capaces. Jamás los españoles volvieron a fundar el más pequeño establecimiento sin combatir primero a la nación india que ocupaba el terreno.³¹

De allí la magnitud de su lucha, de allí la fuerza de su resistencia. Fue en ese choque dramático donde la heroicidad indígena encontró su sentido más alto, enfrentando con bravura a los primeros exploradores y, luego, a los valerosos conquistadores españoles que traían consigo la llama de otro destino histórico. Por esa fiereza indómita, la conquista de Venezuela resultó ardua y sangrienta: un continuo vaivén de muertes salvajes y un choque desgarrador entre dos concepciones del mundo. De un lado, las fuerzas quijotescas de los primeros conquistadores; del otro, las resistencias caribes y de múltiples tribus que, tanto en el Oriente como en la propia Caracas, se erigieron defensivas y blandieron contra los españoles —conquistadores y misioneros por igual— la guerra de sus utensilios convertidos en armas mortales.

Las hordas caribeñas diferían radicalmente de los pueblos del México o del Perú: no se sometían fácilmente: revelaban un temple macizo, un constreñimiento barbárico y una energía inusual que sorprendió y desconcertó a los europeos. Entre ellos, los Caribes y sus grupos afines fueron considerados indomables y agresivos, razón por la cual la conquista de muchas regiones venezolanas, como diría Vallenilla Lanz, devino en una de las más

31. Francisco Depons, *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme* (Caracas, 1930), p. 21.

sangrientas y difíciles de toda América.³² La ausencia de estados civilizatorios, como en el caso de Mesoamérica o en los Andes, implicó la gestación de sociedades que vivían en barbarie y constante guerra.

En el Occidente, tribus como los Bubures, Quiriquires y Pemenos —de filiación caribe— ofrecieron férrea resistencia. En la cordillera del Litoral, los Teques, Mariches y Meregotos defendieron con heroísmo y bizarría sus territorios ancestrales, como bien nos lo señala Alfredo Jahn en su obra *Los aborígenes en el Occidente de Venezuela*. Y en cada uno de esos intrépidos combates, la bravura indígena inscribía con fervor un capítulo nuevo de sangre y valor, forjando, aun en la derrota, el germen de la heroicidad que más tarde sería parte esencial de la conciencia venezolana, al igual que la hispánica, pero en menor proporción que esta. La lucha alcanzó su expresión más encarnizada en el centro de Venezuela. Allí se alzó la figura de Guaicaipuro, cacique épico y símbolo inmortal de la *resistencia heroica* de las tribus del territorio. Este prototipo de caudillo anterior, es decir, cacique, se alzó victorioso en contra de su rival por el puesto del jefe principal.

Una vez vencido el oponente, «Guaicaipuro fue proclamado rey de los teques y los caracas, con soberanía sobre los aragua, maracayes y los cumanagotos». Aunque no se puede tildar de aquella masa geográfica amorfa como una patria, nación o país, aun cuando dichos conceptos no veían luces claras, lo cierto es que la figura de este cacique heroico dio alumbradas apoteósicas sobre las masas indígenas, siendo «cargado de gloria y entre las bendiciones de todos».³³ Haciendo uso de la astucia y bravura

32. «Mientras que en México y el Perú los conquistadores se encontraron con gobiernos centralizados, bajo regímenes esencialmente autocráticos, con nobleza y clero que constituían una oligarquía avasalladora —lo que en cierto modo facilitó la dominación— en Venezuela del mismo modo que en otras regiones del Continente, no existían sino tribus guerreras que hicieron de la Conquista de Tierra Firme la más sangrienta y difícil de toda la América». Vallenilla Lanz, *Disgregación e integración*, p. 117.

33. Maestre Juan de Ocampo y Fray Nemesio de la Concepción Zapata, *Los caci-*

elementales de su carácter, mantuvo en jaque a los capitanes más esforzados, derrotándolos en repetidas ocasiones y encarnando, como pocos, el temple y la tenacidad de los pueblos originarios; un arquetipo, podríamos decir, del rival histórico venezolano, si entendemos la venezolanidad como hispanidad evolucionada a sus particulares originales criollas.

La lucha de Guaicaipuro contra los más esforzados capitanes, a quienes tuvo largo tiempo en jaque y aun derrotó varias veces, presenta el más bello ejemplo del valor y tenacidad de los aborígenes venezolanos.³⁴

Líder de los Teques, había logrado someter y reunir bajo su mando a naciones como los Araguas, formando una coalición que aspiraba a la defensa común frente al invasor, un hecho singular teniendo en cuenta las asociaciones anárquicas en las que convivían con anterioridad. Y tras años de lucha, Guaicaipuro fue apresado por los españoles, luego de que Diego de Losada, otro de nuestros máximos símbolos de heroicidad conquistadora e hispánica, ordenara su captura.

Hubo, por descontado, el indio, que representa el elemento más telúrico en nuestro sentimiento de la nacionalidad. Sentimos la tierra personificada en el indio. Eso explica la paradoja sentimental de que sintamos más como nuestro héroe al Guaicaipuro derrotado que al Losada vencedor, a pesar de que nuestras características nacionales sean un resultado directo de la victoria de éste.³⁵

Guaicaipuro, permanece, pues, como ese primer elemento

ques heroicos: Paramaíboa, Guaicaipuro, Yaracuy, Nicaraguán (Madrid, 1925), p. 75.

34. Caracciolo Parra-Pérez, *El régimen español en Venezuela: Estudio histórico* (Madrid, 1933), p. 13.

35. Arturo Uslar Pietri, *Cuarenta ensayos* (Caracas, 1990), p. 101.

telúrico que daría forma a los componentes heroicos del futuro ser venezolano. Se sabe perfectamente que él mismo carece de nacionalidad, sus tierras aún no podían ser consideradas venezolanas, su reino no era una patria como sería moldeada siglos después. Si rescatamos su herencia simbólica, su conciencia heroica, para los autores que lo han escudriñado no es sorpresivo compararlo con grandes hombres de la guerra. Si lo ubicamos en tiempos antiguos, sería el mismo Pericles o Espartaco, poseyó el rugido del fuego indómito y esa bravura permanece, combinada con las otras herencias históricas, en el gentilicio hoy venezolano.³⁶

Era un hombre salvaje, firme en la idea del triunfo y la dominación, una idea que quedará registrada en los almacenes de la psicología venezolana durante muchos años, hasta nuestros días. Ante las derrotas sufridas, prefería el quitarse la vida. Odiaba la deshonra, la debilidad de la derrota.³⁷ Este símbolo, este mito, propio de las tierras arcaicas, encarnó el mismo pulso de la futura venezolanidad heroica, la sentencia que ilumina nuestras fuerzas primeras: Grande en las victorias, grande en las derrotas; grande vencido.³⁸ La aparición de Diego de Losada, con su enfrentamiento victorioso contra el Cacique, constituye otra jornada de la heroicidad hispánica; un episodio que, lejos de perturbar nuestros anales, los enriquece. Porque en él se entrelazan la barbarie indómita del cacique, su fuerza incontrolable, con el ímpetu de otro espíritu igualmente fiero, animado por el anhelo de acometer una empresa civilizatoria.

No obstante, elevar la figura de Guaicaipuro a dimensiones desproporcionadas sería un desatino. El cacique heroico, aunque rescatable como materia de heroicidad simbólica, carecía del sentido de patria al que ya hemos hecho referencia; su impulso se reducía a un instinto de ferocidad arraigado al terruño. Si consideramos que la venezolanidad habría de configurarse como hispa-

36. Ocampo y de la Concepción Zapata, *Los caciques heroicos*, p. 86.

37. Ibid., p. 116.

38. Ibid., p. 145.

nidad metamorfoseada con elementos autóctonos mínimos y con aportes africanos atenuados, el cacique, a diferencia del conquistador y del prócer de la emancipación, ocupa el peldaño más bajo dentro de la jerarquía simbólica de nuestra heroicidad figurativa.³⁹

Uslar Pietri, al denominar a este heroico cacique como el elemento telúrico más fuerte de nuestros procesos históricos, no lo eleva a símbolo máximo —ni tampoco lo hace Parra-Pérez al presentarlo como el más bello ejemplo del heroísmo indígena—, sino que ambos articulan, con precisión, una idea que me interesa replicar: la manera en que ese elemento heroico de resistencia, vinculado a la tierra, se arraigó en el temperamento criollo al unificarse con nuestras demás vertientes, la hispánica en su mayoría y, en menor proporción, la africana. Todo ello a lo largo de tres siglos, tiempo en el que se fue conformando una conciencia heroica caracterizada por rasgos singulares que, entrelazados, dieron forma a un solo carácter: el criollo.

Otros caciques también se alzaron con fiereza. En Yaracuy, diversas jefaturas indígenas ofrecieron dura resistencia, al igual que el cacique de los Guantas, quien vengó con violencia el rapto de los suyos destinados a la esclavitud, cobrando vidas de múltiples religiosos. En contraste, en 1593, el cacique Morequito de Guayana optó por pactar obediencia al Rey, ejemplo de la diversidad de actitudes frente al poder hispano, avasallador para muchos de los caciques y sus hordas.⁴⁰ El bando conquistador también forjó nombres memorables, y cuyas encarnaciones vivas también desembocan en la estructura heroica de la futura psique

39. «Hemos dicho que cuanto va de Guaicaipuro al Libertador distan las historias de la Historia, y estamos en lo cierto. El héroe requiere una concreción de cultura social para afianzarse. La defensa de un bohío podrá constituir un alarde de temeridad y de resistencia orgánica, pero nunca elevará al defensor a la dignidad heroica, porque el héroe, para serlo en la acepción integral, debe obedecer en sus actos a un mandato situado más allá, de las fuerzas instintivas: su marco es el desinterés y no la ferocidad». Briceño-Iragorry, *Tapices de historia patria*, pp. 111-112.

40. Parra-Pérez, *El régimen español en Venezuela*, p. 22.

venezolana, pues tanto la resistencia de los caciques como la conquista de los hispanos son episodios de violencia y guerra.

Más allá de la violencia implicada, como es típico en las interacciones entre grupos humanos, se nos da un ejemplo de heroísmo: heroísmo que ha terminado trasladándose a la conciencia histórica y legándonos los genes del triunfo, la defensa y el sacrificio expuestos en sus cuadros de acciones históricas. Garci González de Silva fue exaltado, siguiendo las palabras de Parra-Pérez, como un «brillante paladín» y el «Cid Campeador de la conquista venezolana», célebre por combatir cuerpo a cuerpo contra Caribes, Teques y Cumanagotos. Juan Rodríguez Suárez, cuya intrepidez, audacia infundía terror entre los indígenas, y Diego de Losada, impetuoso de coraje y de política severa, marcaron igualmente esta etapa de hierro y fuego, una soldadura de mestizaje arquetipal.

La violencia fue implacable; y sí, porque «el peligro hace a los hombres y a los pueblos. Al generalizarse la virtud heroica, los hombres encuentran un canon funcional que da unidad a sus acciones».⁴¹

Conquistadores como Suárez, García de Paredes, Narváez y Diego de Paradas sucumbieron a los flechazos indígenas, mientras que, en represalia, los jefes nativos capturados eran estrangulados o empalados. La guerra no admitía treguas. Antes de la *Guerra a Muerte*, en donde el barbarismo de los Llanos se transfiguró en las luchas de las razas y las vanidades, la Conquista también fue un antecedente de los elementos primigenios de nuestros vicios funestos, la atormentada ruta del salvajismo entre los más aguerri-dos, la lucha por el triunfo.

Somos como un pueblo que, en aras de la grandeza y la victoria, sacrifica a sus hijos, pues no hay valor más elevado para una nación tan combativa como la nuestra que la gloria inmortal del

41. Mario Briceño-Iragorry, *Ideario político* (Caracas, 2008), p. 89.

triunfo. Se le atribuye al sabio de Venezuela, Humberto Fernández Morán, la siguiente cita: «El venezolano debe aprovechar que lleva el triunfo en sus genes y esto, unido al sudor dejado por disponibilidad al trabajo, constituyen en síntesis su realización». Entre los caribes, la resistencia adquiría un cariz ritual: el canibalismo guerrero, lejos de mera barbarie, era un rito de consagración. Sólo se consumía la carne de guerreros valerosos y jefes eminentes, para asimilar su fuerza y energía. El aspirante a cacique debía ayunar durante meses antes de participar en el banquete antropofágico, en un gesto que sacralizaba el valor del enemigo vencido. Incluso en medio de tanta crudeza, hubo intentos de revestir la contienda con formas jurídicas.

Como afirma Parra Pérez, incluso en medio de la guerra se conservaba un respeto formal por la legalidad heredada de Roma: antes de asaltar a Guaicaipuro, Losada llevaba consigo un mandamiento de prisión para el indómito cacique, y tras diversas campañas, se procuró obtener el consentimiento formal de pueblos como los Cumanagotos para aceptar la condición de vasallos de la Corona. La conquista española de Venezuela fue, en palabras de Caracciolo Parra Pérez, una gesta que «no tiene parangón en la historia del mundo, por los resultados obtenidos, la extensión del territorio, las innumerables dificultades que opusieron los hombres y las cosas y por la escasez de medios que para vencerlas se tuvieron». Esa rudeza y violencia inicial, más que un mero acto de dominación fue también un *trasplante civilizatorio*. Los conquistadores no solo vencieron, también fundaron: villas, ciudades, instituciones jurídicas y eclesiásticas que sentaron los cimientos de la nacionalidad hispanoamericana.

Nada puede dar, a quienes no conozcan la naturaleza de aquellos países, idea bastante exacta de la suma de audacia, de valor y de formidable voluntad que necesitaron los españoles para conquistar y colonizar a América.⁴²

42. Parra-Pérez, *El régimen español en Venezuela*, p. 15.

Hacia el año de 1600, la pacificación del territorio podía considerarse un hecho.⁴³ Ochenta años de lucha sangrienta habían marcado con hierro y fuego la geografía y el espíritu de la naciente tierra venezolana. Fue un combate encarnizado, en el que caciques y conquistadores, con su sangre derramada, abonaron los cauces de nuestra memoria colectiva y delinearon los contornos de lo que sería el porvenir. En esa prolongada contienda se forjaron los primeros sedimentos de un gentilicio aún en gestación, donde lo indígena y lo hispánico comenzaron a entrelazarse en una tensión fecunda. El regionalismo —dictado por las vastas distancias, la topografía agreste y la fragmentación de los asentamientos— se erigió durante largo tiempo como mandato del medio físico. Así, lo que era Venezuela en germen todavía no alcanzaba unidad: existía en múltiples regiones inconexas, a la vez que permanecía en un estado de latencia, como una patria posible, aguardando la hora de su alumbramiento próximo.

MESTIZAJE

El mestizaje dio origen a un nuevo ser social, tejido con la sangre y el espíritu de europeos, indígenas y africanos. Una masa de hombres fundados en hechos que darían vida fecunda a los nuevos climas humanos, sociales, culturales que se levantarán en aquel vastísimo territorio selvático, llano, montañoso, costero, que daba la impresión a los conquistadores de ser el mundo de las utopías y las grandes posibilidades de un nuevo tipo humano y un nuevo tipo de destino universal.

De allí va a tomar cuerpo, en toda su asombrosa variedad, esa nueva sociedad de tan viejas herencias y tan poderosas solicitaciones de futuro, que nunca fue cabalmente las Indias, ni tampoco una geográfica América casi abstracta. Los hijos de los conquistadores, los de los indígenas, los

43. Ibid., p. 16.

herederos de las contrarias lealtades y las opuestas interpretaciones, los que sienten la mezcla fecunda en la sangre y sobre todo en la mente, los causahabientes de los indios, de los españoles, de los negros y de las infinitas combinaciones de cultura que se produjeron y se producen, los que sienten combatir en su espíritu los llamados conflictivos del pasado y del presente, los que nunca dejaron de sentirse en combate consigo mismos, fueron y tenían que ser los actores de una nueva situación del hombre.⁴⁴

Pero, como advierte Parra Pérez, los símbolos rectores de la naciente identidad venezolana no se arraigaron en tótems ni en tabúes arcaicos, pero sí en una transfiguración más amplia y universal de los emblemas hispánicos. Fue la fe católica, el honor caballeresco, la disciplina jurídica y el arrojo militar quienes moldearon el alma criolla, heredera de aquella épica peninsular que, al trasplantarse al Nuevo Mundo, halló un cauce fecundo y duradero. El valor de los caciques, expresado en su resistencia fiera, merece un lugar de reconocimiento; sin embargo, la dignidad heroica —la que va más allá de la violencia instintiva y se eleva hasta fundar una cultura social y un proyecto histórico— procedió del *ethos hispánico*. Allí radica la verdadera raíz de la heroicidad venezolana: en la amalgama de la fiera aborígen con la tradición caballeresca de Castilla, mezcla de resistencia telúrica y aspiración universal.

Patria que fundiría, para la formación de la nueva nacionalidad, el alma arisca del aborígen y el alma sufriendo del negro, llegado a nuestras playas con el grillete al pie y la protesta en el fondo de la callada conciencia, con el alma histórica del peninsular, altanero y dominador. De ahí nuestra tragedia formativa: un pueblo con cultura propia sumado a tribus sin sedimentación histórica y a masas de

44. Usler Pietri, *Cuarenta ensayos*, p. 81.

hombres arrancados, como bestias salvajes, de su lejano marco geográfico.⁴⁵

No es casual que el espíritu de la Independencia —esa alma deseosa de exploraciones y volcánica en su anhelo que animó a Miranda, Bolívar y Sucre— pueda entenderse como la reencarnación del impulso conquistador. En los primeros españoles ya latía un altivo individualismo y un sentimiento de autonomía que encontró en América el escenario propicio para desplegarse. Los criollos, herederos directos de esa estirpe, tomaron la espada de los conquistadores y la sublimaron en la espada libertadora, transformando la ambición medieval en voluntad emancipadora y dándole a Venezuela su perfil heroico definitivo.

Cuando se examine nuestro pasado sin la pasión pseudo-patriótica que guía a algunos historiadores, utilizantes de la Historia en medro personal, y se observe la continuidad de la corriente cultural cargada de esperanzas, que terminó por reclamar horizontes más anchos para sus infinitas actividades, bien se verá la extremada puerilidad de los asertos con que se ha venido desviando para la comprensión histórica la propia conciencia nacional; y la Independencia como magistralmente dice Luis Correa, no será entonces sino un «incidente inevitable de la pujanza y crecimiento del Municipio que vuelve por sus fueros y sus justicias; y el alma aventurera, tenaz y enardecida de los conquistadores, reencarna en las huestes capitaneadas por Bolívar». No una antorcha que surge súbitamente en la noche de los tiempos, la idea autonómica que culmina en los sucesos memorables de los años 10 y 11 recuerda, por lo contrario, el paso violento, de mano en mano, de las

45. Mario Briceño-Iragorry, *El caballo de Ledesma* (Caracas, 1946), pp. 75-76.

teas sagradas con que los griegos festejaban a Prometeo y a Hefestos...⁴⁶

El resultado de aquella larga confrontación fue la gestación de un tipo humano nuevo, definido por la contradicción y la síntesis. Del aborígen heredó el apego telúrico, la fiereza en la guerra y un espíritu fragmentario que, siglos más tarde, se proyectaría en el caudillismo y en las divisiones internas de la vida nacional; de España recibió la estructura occidental, la organización jurídica, política y religiosa, así como un individualismo orgulloso que en el espacio abierto de los llanos se transfiguró en ambición de mando, nosotros los americanos, como acierta Rufino Blanco-Fombona, heredamos «de España la aptitud guerrera y la forma de combatir»; de África tomó el vigor físico, la resistencia y la energía vital que impregnaron el trabajo, la religiosidad popular y los ritmos de la cultura criolla.⁴⁷

De esa amalgama, el Libertador, en el profético discurso de Angostura del año 1819, pudo decir que los venezolanos no eran europeos ni indios, por el contrario, una «especie de pequeño género humano», ambiguo en su origen, pero dueño de una originalidad irrepetible. De allí emergió el *tipo venezolano*, con su audacia, su viveza y su permanente inclinación a la disputa, marcado al mismo tiempo por la fuerza disgregadora y por un impulso creador que terminaría moldeando el carácter heroico de la nación. La contribución primordial de la Colonia fue la creación de un nuevo ser social a través del mestizaje cultural, un proceso de transculturación que no podía encasillarse en los modelos preexistentes.

La sociedad colonial venezolana, levantada sobre castas superpuestas y sobre la mezcla de españoles, indígenas y africanos, no fue solo un fenómeno sanguíneo, en cambio también psicológico y cultural. El criollo, que se creía español, pero ya no podía serlo, y

46. Briceño-Iragorry, *Tapices de historia patria*, pp. 184-185.

47. Blanco-Fombona, *El conquistador español del siglo XVI*, p. 30.

que llevaba en su sangre la raíz indígena, aunque ajeno a sus civilizaciones precolombinas, vivía en una constante polémica sobre su identidad. De esa ambigüedad nació un espíritu peculiar, dotado de rasgos que los observadores de la época supieron advertir. Posteriormente, el mismo sentimiento criollo comenzaba una gestación de autenticidad egoísta frente a los que ellos percibían como la intromisión perniciosa de la Metrópoli:

Apoyados en este sentimiento, los venezolanos, lejos de considerarse inferiores a los españoles que llegaban de la Metrópoli, los miraban con desdén, como intrusos que era preciso tener a raya.⁴⁸

Los *Padres de la Patria* eran continuadores de ese sentimiento y esa directa estirpe. Bolívar, el acero revolucionario de la América, el signo heroico de los hispanos frente a la decadencia española ostentaba en su árbol genealógico nombres de veinte conquistadores de Indias, según el decir de Briceño-Iragorry.⁴⁹ La hidalguía del carácter español era lo que los americanos llevaban en la sangre, y ese rasgo permanecía inmutable, aunque con ligeras variaciones en sus tópicos sociales más extensos. Ya en 1742, Felipe V hablaba del «caviloso genio de los naturales de la provincia de Venezuela», inclinados a las quimeras y a la disputa.⁵⁰ Otros informes insistían en su genio litigioso, particularmente visible en los maracaiberos, y en su audacia, su ambición de mando y su propensión a la intriga.

El historiador Torrente llegó a afirmar que Caracas era el volcán de los ánimos más revoltosos de la Revolución de Independencia.⁵¹ No se trataba solo de defectos, más bien de una

48. Augusto Mijares, *El Libertador* (Caracas, 1964), p. 13.

49. Briceño-Iragorry, *Tapices de historia patria*, p. 110.

50. Vallenilla Lanz, *Disgregación e integración*, p. 145.

51. «Y cuando la Revolución rompió el inmovilismo y el misoneísmo colonial, ¿cuál fue el pueblo de América que llevó un aporte mayor de inteligencia y de energías a la obra de la emancipación del Continente? “La capital de la Provincia de

temprana expresión del espíritu político que, si bien oscilaba entre la viveza, la voluptuosidad y el disimulo, también incubaba la semilla de una vocación libertaria. Ese carácter se formó dentro de una estructura política peculiar. El Cabildo, verdadero núcleo de la vida colonial, se convirtió en la fortaleza criolla y en el espacio donde se ensayaron los primeros gestos de autonomía.⁵²

Aislados por la geografía y la economía, los pueblos de Venezuela desarrollaron un regionalismo tenaz, en donde «las provincias vivieron como dejadas de la mano del Gobierno esparcidos sus habitantes en las soledades de un inmenso territorio, sin ninguna especie de comunicación entre sí».⁵³ Los criollos, orgullosos de su poder local y creídos superiores, se enfrentaban a los peninsulares, vistos como forasteros llegados solo para lucrar. En este antagonismo se gestó uno de los momentos decisivos de la

Venezuela, (escribió el español Torrente, el terrible enemigo de la Independencia, y hubiera podido decir con más propiedad, Venezuela entera) ha sido la fragua principal de la insurrección americana. Su clima vivificador ha producido los hombres más políticos y osados, los más emprendedores y esforzados, los más viciosos e intrigantes, y los más distinguidos por el precoz desarrollo de sus facultades intelectuales. La viveza de estos naturales compite con su voluptuosidad, el genio con la travesura, el disimulo con la astucia, el vigor de la pluma con la precisión de los conceptos, los estímulos de gloria con la ambición de mando y la sagacidad con la malicia». Ibid., p. 148.

52. «Se ha repetido que el cabildo era el asiento y tribuna donde los nobles criollos disputaban sobre preeminencias y otras majaderías. Sin duda. Pero antes que eso era el cabildo baluarte de las libertades municipales, únicas que valgan, acaso. ¿Libertades de los oligarcas? Ciertamente: como en Roma y Venecia, gloriosas repúblicas». Vallenilla Lanz, *Disgregación e integración*, p. 145.

53. «En Costa Firme, principalmente, donde después de la conquista las provincias vivieron como dejadas de la mano del Gobierno esparcidos sus habitantes en las soledades de un inmenso territorio, sin ninguna especie de comunicación entre sí, ajenos a la influencia del oro y del lujo, a diferencia de lo que ocurría en los Virreinos opulentos de México y el Perú; en relaciones por medio del ilícito comercio con los extranjeros de las colonias vecinas, y llevando, en fin, una existencia precaria, pero en cierto modo más independiente que en casi todas las otras colonias, el sentimiento regionalista se arraigó con más fuerza en el alma popular, y a ello contribuía la débil autoridad conferida por las leyes al Capitán General y a los Gobernadores provinciales». Ibid., p. 4.

psiquis nacional, que preparó el terreno para la ruptura independentista.

El mestizaje étnico, además, dejó huellas profundas en la psicología. De los indígenas heredamos los instintos disgregativos y el indomable valor, la ferocidad en la guerra y la lealtad a lo local. De África llegó una energía vital que impregnó las costumbres y la religiosidad popular, pero también una pedagogía doméstica, ejercida en la infancia por las ayas negras que, sin proponérselo, transmitieron a generaciones enteras un espíritu de rebeldía, ligereza e igualitarismo. Esa influencia sutil pero constante fue decisiva en la configuración del alma americana.⁵⁴

En el plano intelectual, la Colonia aportó los cimientos de la nacionalidad. Contra la imagen deformada de una ignorancia absoluta, lo cierto es que la educación colonial, sostenida por colegios, universidades y misiones, se hallaba en contacto con la cultura europea y mantenía un nivel comparable al del Viejo Mundo. No fue raro que los criollos leyeran a Montesquieu, Rousseau o Voltaire, y que esas lecturas alimentaran el ansia de libertad. Pero al mismo tiempo, la psicología venezolana, forjada en la mezcla de razas y en el influjo del medio, adoptó un criterio metafísico: una inclinación hacia las abstracciones teológicas y las teorías universales, que condujo a sancionar principios políticos grandiosos sin medir siempre las realidades sociales que debían sustentarlos.

54. «En la sentina de los barcos negreros con el doloroso cargamento de brazos encadenados, venían lenguas, creencias, mitos, cantos, danzas, concepciones mágicas del mundo. Esa influencia, no sólo como fuerza de trabajo en la producción de los grandes cultivos coloniales como el cacao y la caña de azúcar, sino como contribución espiritual tuvo grande importancia en la formación de nuestro pueblo. Se ha estudiado poco la que pudiéramos llamar la pedagogía de las esclavas en la formación de nuestra alma colectiva. Por lo menos durante dos siglos, en que las escuelas escaseaban y la enseñanza no pasaba de nociones superficiales, las ayas negras, con viviendo con los niños de las clases privilegiadas, les transmitieron todo un rico y oscuro tesoro de nociones, refranes, leyendas y ritmos, que entraron a formar parte indisoluble de nuestra mente y de nuestra sensibilidad colectiva. Simón Bolívar, el más grande de los venezolanos, se complacía en reconocer una segunda madre en la negra Hipólita». Uslar Pietri, *Cuarenta ensayos*, pp. 101-102.

Así, en la Colonia se incubó una personalidad colectiva contradictoria y apasionada, hecha de litigio y de audacia, de regionalismo y de afán universal, de impulsos telúricos y de aspiraciones metafísicas. Fue allí, en esa tensión de fuerzas diversas, donde comenzó a latir el espíritu que, más tarde, daría a Venezuela la generación heroica de su Independencia. Los criollos que encabezaron el movimiento de Independencia no fueron ajenos a la herencia colonial, por el contrario, sus frutos más acabados. Su genealogía enlazaba directamente con los conquistadores y primeros pobladores del siglo XVI: en los árboles familiares de los próceres resuenan nombres de Alfínger, Spira, Fernández de Serpa, Jiménez de Quesada y Diego de Ordaz.⁵⁵

Bolívar mismo, ya lo dijimos, ostentaba en su abolengo conquistadores de Indias, lo cual la República reconoció oficialmente como prueba de la continuidad histórica de nuestro ser nacional. La clase mantuana —descendiente de hidalgos, pobladores y capitanes— se erigió como la nobleza criolla, convencida de su supremacía local y conservadora de los más fuertes instintos políticos de la raza hispana. La mejor generación de la República nació, pues, de aquellas tinieblas coloniales, de un pasado que parecía pesado e inmóvil, pero que incubaba silenciosamente la aurora.

El espíritu heroico de la Independencia fue una reencarnación del alma conquistadora. El impulso aventurero, tenaz y enardecido que llevó a los primeros españoles a desafiar mares y selvas revivió, transfigurado, en las huestes que Bolívar condujo por los Andes y los llanos. La altivez, la voluntad formidable y el individualismo hispano —virtudes y defectos a la vez— se magnificaron en América hasta estallar en un deseo irrefrenable de autonomía. Así, lo que en la Conquista fue combate por civilizar, una colosal epopeya de fundación, pronto halló en la Independencia su continuación más ilustre: la gesta republicana no nació de la nada: fue

55. Briceño-Iragorry, *Tapices de historia patria*, p. 11.

el resultado lógico de la sociedad que la Colonia había modelado durante tres siglos.

El vínculo político que dio cauce a esta herencia fue el Cabildo. Fundado por los conquistadores junto con las ciudades, el Ayuntamiento se convirtió en el centro de la vida política y en la fortaleza criolla por excelencia. Allí germinó el sentimiento autonómico, pues los cabildos se arrogaron prerrogativas que ya habían sido abolidas en la Península. La lucha por el poder local fue la escuela donde se templaron las conciencias que luego, en 1810, encenderían el grito de libertad. La Independencia, en este sentido, no fue una ruptura *ex nihilo* entre dos mundos separados —el colonial, oscuro, y el republicano, iluminado—, se trató de la culminación de un proceso silencioso, la maduración de una altivez hispánica que había fermentado durante siglos. El 19 de abril fue, así, la tarde esplendorosa de un largo día de luchas soterradas, y sobre la significación histórica de esta fecha ya se ha extendido maravillosamente Laureano Vallenilla Lanz.

Los hombres que en el siglo XVI dieron comienzo a aquel drama, fueron nuestros abuelos. ¿No es acaso hasta un acto de familiar justicia buscar las razones que expliquen la conducta de dichos hombres, antes que aceptar la rotunda condenación de sus actos?⁵⁶

Volviendo y cerrando el asunto inicial, habiendo considerado los matices pretéritos expuestos, se concluye que, de allí que la Independencia venezolana adquiriera el carácter de una guerra civil. No se combatía contra extranjeros, por el contrario, contra un régimen absolutista percibido como injusto, dentro de un mismo pueblo, con la misma lengua y la misma cultura. En su sentido más profundo, la gesta emancipadora fue un nuevo capítulo en la eterna pugna hispánica entre liberales y serviles. Los criollos que alzaron la bandera de la libertad denunciaron con

56. Ibid., p. 20.

vehemencia a la Colonia, sin advertir del todo que ellos mismos eran la Colonia que se elevaba hacia una forma superior de existencia política. Su verbo y su acción se alimentaban de la tradición individualista y altanera de los viejos castellanos, pero ahora puestos al servicio de un destino americano singular y renovado, aunque arrastrarían males en aquellos procesos republicanos.

Ciertamente, muchos de estos trazos de la historia colonial y del carácter de los hombres del pasado conquistador —no siempre conocidos, salvo por los más estudiosos— nos revelan la compleja realidad histórica de nuestra conciencia heroica. El venezolano se presenta ante el mundo como un gentilicio dotado de armaduras psicológicas formidables; su autoestima, aunque magullada por las cenizas arrojadas por los más abyectos detractores de su evolución histórica, permanece sustentada en lo que Augusto Mijares denominó «lo afirmativo venezolano»: el caudal de virtudes que han encarnado nuestros más destacados hombres de armas y de pensamiento. Esa herencia, lejos de extinguirse, se mantiene latente, y en el estudio meditativo de las condiciones de nuestros estados ulteriores como ciudadanos, esas incógnitas se convierten en revelaciones que nos señalan los caminos por los cuales atravesar nuestros mayores desafíos como pueblo.

MONTAR EL CABALLO DE LEDESMA

En el irreprimible curso de la Historia, hallamos ciertamente figuras que, probablemente, aún no han sido lo suficientemente estudiadas, y tal es el caso de uno de los arquetipos fundacionales del heroísmo venezolano. Hallamos aquí la imagen de Ledesma, trazado por la prosa entusiasta del trujillano don Mario Briceño-Iragorry, exponente del heroísmo venezolano, como expresión de la idea de la transición hispánica a la formación criolla de la heroicidad venezolana.

Alonso Andrea de Ledesma representa una figura fundacional de la heroicidad venezolana, pues en él se encapsula el espíritu de la Conquista en su expresión más pura de valor individualista y de

acto sacrificial. No fue, en vida, un conquistador destacado como Losada o Rodríguez Suárez, ni dejó nombre rutilante en la lista de los fundadores de ciudades como El Tocuyo, Trujillo o Caracas; pero precisamente por ello su grandeza es más honda: se agiganta en el momento de su agonía, cuando, montado sobre un rocín cansado y armado apenas de una lanza, salió en solitario a enfrentar al pirata Amias Preston, decidido a salvar el honor de la ciudad, aunque ello implicara su muerte.⁵⁷

Ledesma representa todo el sentido de la Patria recién formada. De la Patria que empezaba a caminar. De la Patria urgida de voluntades que la sirvan sin pensar en la vecina recompensa.⁵⁸

Con aquel gesto, Ledesma no solo encarnó el arquetipo del conquistador del siglo XVI —mitad cruzado, mitad argonauta, mezcla de piedad ardorosa y ambición indómita—, inaugurando para el porvenir un modelo de heroísmo fundado en la fe hasta la soledad absoluta y en la negación de la prudencia cómplice. Su obra de valor infinito fue su máxima agonía: un acto de renuncia personal convertido en lección moral para la posteridad del pueblo venezolano; ese valeroso Quijote venezolano, quien ha «regado su sangre por mantener la integridad del suelo nacional» se levanta como ícono dinámico de nuestra psique colectiva.

De este modo, Ledesma se convirtió en símbolo de los valores perennes de la nacionalidad. Su descendencia se entrelaza con la vida republicana: de su stirpe provino Cristóbal Mendoza, el primer presidente triunviro de la Venezuela independiente, como si su gesto sacrificial hubiera proyectado un linaje de deber y servicio.⁵⁹ Su figura, oscurecida en vida, se erige después como raíz

57. Briceño-Iragorry, *El caballo de Ledesma*, p. 25.

58. *Ibid.*, p. 77.

59. «De don Cristóbal Mendoza, primer ejercitante del Poder ejecutivo nacional, fueron los más antiguos abuelos el Capitán Juan de Umpiérrez, encomendero en Trujillo por 1571, y Alonso Andrea de Ledesma, fundador de El Tocuyo, Trujillo y

espiritual de la heroicidad criolla, un hilo invisible que une la fundación de ciudades con la fundación de la República.

La gesta solitaria de Ledesma, además, no quedó circunscrita al ámbito local. Es, en verdad, un símbolo universal de la heroicidad que anticipa a Miranda y Bolívar. Su caballo, lanzado sin esperanza contra el invasor, se convierte en el arquetipo de la caballería de la libertad, ese mismo ímpetu homérico que Bolívar habrá de montar en sus campañas por América. «*Volar la pierna al viejo caballo de Ledesma*» equivale a aceptar el destino del sacrificio y la imprudencia fecunda, como lo hicieron los hombres que, motejados de cabezas huecas y lenguas desmedidas, dieron a luz la Independencia contra el cálculo mezquino y la parsimonia cobarde. Ledesma comparte así con Don Quijote la grandeza de una locura cuerda, de una audacia imprudente que se convierte en semilla de permanencia gloriosa que vendría a ser, para todos los venezolanos, viva representación de un sentido heroico del deber patrio.

Su sacrificio, en última instancia, trasciende el patriotismo local y fragmentario. No es Caracas, ni El Tocuyo, ni Trujillo lo que defendía con su vida, por el contrario, defendía el honor, la justicia y la verdad como valores universales. En ese sentido, Miranda y Bolívar fueron sus herederos legítimos: al concebir la Patria como América y proyectar un nuevo equilibrio del universo, prolongaron la intuición heroica de Ledesma hasta una dimensión continental. Así, lo que en Ledesma fue el obrero de una ciudad ideal, en Bolívar fue el arquitecto de una República ideal.

Y nosotros fuimos la voz de América. Un destino oculto preparó en esta colonia pobre la gestación de los más grandes americanos de los siglos XVIII y XIX: Miranda, Bolívar y Bello. Circunstancias de defensa hicieron que en Venezuela hubiese una organización militar superior a la

existente en las otras porciones del imperio ultramarino de España. Y por eso desde aquí se habló más alto y desde aquí se dirigieron las líneas fundamentales de la Revolución. Fuimos la voz de América. Hacia Caracas, como hacia una nueva Jerusalén, volvieron las miradas y los oídos los pueblos del hemisferio colombino. Aquí se gestó el gran choque de los tiempos.⁶⁰

El mito de Ledesma, invocado en la posteridad, reclama la permanencia de Bolívar como héroe vivo, nunca difunto, siempre presente. Sabe Briceño-Iragorry la relevancia de los símbolos como motores de entusiasmo, energía psíquica y social, fuerza vital de la venezolanidad. Ese heroísmo que se exalta no es un ritual fúnebre, más bien la celebración de sus virtudes manifestadas en nuestras acciones prolongadas en el tiempo en aras de los sagrados intereses de la patria venezolana. Tan sólo basta leer las siguientes palabras para engrandecerse frente a las mentalidades mezquinas que disminuyen la influencia de nuestros héroes máximos:

Para animar nuestra vida social debemos animar previamente a nuestros héroes. Debemos verlos como símbolos vivos. Como entidades morales que necesitan nuestra energía y nuestra intención de ahora, a fin de que sigan viviendo. Son ellos quienes reclaman nuestro esfuerzo. Porque somos nosotros su complemento actual. Los sufragios que harán descansar a nuestros héroes son las obras nuestras en el campo de la dignidad ciudadana. Nuestra gran ofrenda a su memoria es sentirnos colectivamente dignos del sacrificio que los llevó a la muerte.⁶¹

La audacia de uno de los primeros héroes hispánico en tierra venezolana es el motor espiritual necesario para mantener en pie la

60. Briceño-Iragorry, *El caballo de Ledesma*, p. 74.

61. Ibid., p. 57.

obra del último y más grande héroe criollo. La espada de Bolívar no se entiende sin la lanza de Ledesma, pues ambos pertenecen a una misma corriente de heroísmo sacrificial que atraviesa la historia venezolana como una continuidad mística e inquebrantable. Yo he escrito que, como máxima de acción y guía, debemos acatar la orden de *montar el caballo de Ledesma*, como un ejemplo de virtud heroica, como empuje enérgico y como una valiente demostración de nuestras capacidades de sobreponernos a las situaciones difícilísimas de la vida humana. Recordaba Mario Briceño-Iragorry: «Todo ello se compagina cuando Alonso Andrea de Ledesma sacrificó su vida en aras de la Patria nueva, creó la caballería de la libertad, cuyo máximo representante habría de ser Simón Bolívar».⁶²

HORIZONTES LLANEROS

La etapa colonial, repasamos, sirvió para consolidar los instintos belicosos que se convertirían en rasgos característicos del nuevo ser social. Ni los siglos de vida colonial ni el convulso siglo XIX, con sus demoliciones revolucionarias y guerras civiles, lograron modificar sustancialmente esa impronta inicial: la herencia colonial se impuso con una fuerza incontestable en las costumbres, en las ideas y en los prejuicios inconscientes que constituyen el carácter del pueblo. En este sentido, puede afirmarse que la guerra se volvió para el venezolano una suerte de oficio nacional. La provincia venezolana fue, desde sus orígenes, el escenario de las proezas militares de conquistadores e indígenas en el siglo XVI.

La revolución de Independencia fue, por otro lado, la que enseñó a la sociedad criolla, producto de aquella mezcla, un arte en el cual habría de brillar: el de la guerra. Los llanos, vastos y abiertos, incubaron ese espíritu guerrero. En sus habitantes, hijos de un mestizaje turbulento, se formó una idiosincrasia semejante a la de las tribus nómadas del África: un amor por el botín, una

62. Ibid., p. 77.

inclinación natural a la violencia, una inquietud permanente que encontraba en la guerra su elemento vital. Este ambiente telúrico forjó el temple de los llaneros, quienes, a la hora de la emancipación, irrumpieron en la historia como una fuerza decisiva y, más tarde, como cimiento del caudillismo.

Fueron la personificación de la constancia, la fortaleza y el heroísmo en nuestra magna lucha de la Independencia, porque estaban educados para afrontar y vencer los más grandes peligros.⁶³

El llanero representa una formación social e histórica muy particular, todo ese pueblo formado de las pampas venezolanas posee unas características que, según los comentarios de Rafael María Baralt, recogidos por Caracciolo Parra-Pérez, se asocian a las prácticas de otros pueblos de diferentes latitudes:

Baralt indicaba ya que las costumbres y carácter de los llaneros «eran y son aún tártaros y árabes más que americanos y europeos». Aman, dice, el botín y la guerra «como las razas nómades del África» y «como todos los pueblos pastores son aficionados a la música y al canto, e improvisan con mucha gracia y facilidad sus jácaras y romances».⁶⁴

Si nuestros caciques heroicos, los conquistadores valientes y los ilustres próceres nacidos de aquella herencia colonial constituyen parte esencial de nuestro corpus heroico, es en las pampas de Venezuela, en la escuela de vida rudimentaria y en las profundidades de la *Venezuela Heroica*, donde se contempla la grandeza de

63. Víctor Manuel Ovalles, *El llanero: Estudio sobre su vida, sus costumbres, su carácter y su poesía* (Caracas, 1905), p. 59.

64. Parra-Pérez, *El régimen español en Venezuela*, pp. 45-46.

los lanceros, esa fuerza decisiva de múltiples victorias, vivas demostraciones de valía, de heroicidad y de gloria.

Páez, Monagas, Zaraza, Rondón, Cedeño, Carvajal, Aramendi, Silva, Infante, Farfán, Camejo, Hernández y mil más, que brotaron de la pampa venezolana como lanceros insignes para inmortalizar al Llanero en los fastos del heroísmo.⁶⁵

Codazzi supo destacar esa dimensión geográfica tan vasta y, a la vez, comprendió con claridad la naturaleza del ecosistema humano que habitaba en aquellos pueblos. Observaba que, desde muy temprana edad, los niños ya montaban el potro, manejaban con destreza la fuerza de combate contra las fieras de la naturaleza —el caimán, el tigre—, aprendían a nadar en ríos turbulentos y, sobre todo, hacían de las llanuras un verdadero curso de instrucción donde se templaban las energías fulgurantes destinadas a los grandes combates. No entraron a la guerra como novatos, como arrebatados animales de presa arrojados contra rivales igualmente feroces —otros venezolanos, realistas y combatientes de distinta bandera—; llegaron a ella ya formados como hombres aguerridos, valientes, testarudos. ¡El llanero es, en efecto, el majadero de Venezuela! Porfiado y encarnizado, encarnaba desde su origen la muestra más viva de una lucha áspera y sin tregua.

Así lo confirma la enseñanza de los enfrentamientos más icónicos: «Los hombres de los Llanos no pueden ser vencidos sino por hombres de los Llanos».⁶⁶ El inigualable impacto de la irrupción de los Llanos en la lucha por la emancipación constituyó un acontecimiento de trascendencia igual, e incluso superior, a las hazañas protagonizadas por los grandes líderes y ejércitos del mundo antiguo con sus soldados y bestias conquistadoras. Estos lanceros, sin embargo, no eran conquistadores: fueron libertado-

65. Ovalles, *El llanero*, p. 60.

66. *Ibid.*, p. 61.

res, y al mismo tiempo fundadores de nacionalidades enteras. En ellos se reconocía la fuerza elemental de la tierra transformada en ímpetu histórico. Aunque, ciertamente, no en todos se hallaba plenamente formada la conciencia de la unidad patriótica, el llanero sintetizaba en su fiereza y en su lanza el destino de un pueblo que buscaba afirmarse en la libertad. El lancero, en resúmenes cuentas, representó lo siguiente:

Si los caballos tártaros conquistaron a China y los caballos árabes fundaron el Imperio de la Media Luna, los caballos gauchos y llaneros destruyeron la dominación de España en el Nuevo Mundo, hicieron la Independencia y crearon las nacionalidades.⁶⁷

El lancero, el llanero, también posee un valor agregado que ha sido, desde tiempos arcaicos, la bestia fundadora de las victorias sublimes. En su célebre reflexión sobre la importancia del caballo en la historia de los pueblos, Vallenilla Lanz subraya que este animal fue decisivo para la constitución de grandes unidades de soberanía y para el éxito de las conquistas universales. Según afirma, «la presencia o la ausencia del caballo puede hacer posible o imposible la extensión de una raza o la dominación de un pueblo sobre otro». El caballo, recordándonos a Pegaso de los relatos griegos, se erige como el instrumento civilizatorio y militar por excelencia, capaz de transformar la suerte de pueblos enteros.⁶⁸

Para sostener esta tesis, Vallenilla Lanz no habla solo con su voz, incorpora la de cronistas e historiadores varios para enriquecer el asunto. Recurre, por ejemplo, a una fuente que afirma: «Los pueblos cazadores o salvajes no han podido nunca formar estas grandes unidades de soberanía, porque ellos no han tenido a su disposición el gran medio de concentración rápida que propor-

67. Vallenilla Lanz, *Disgregación e integración*, p. 167.

68. *Ibid.*, pp. 166-170.

ciona el caballo». ⁶⁹ Evidentemente, refuerza la idea de que la caballería fue el núcleo articulador de las civilizaciones expansivas. Algo similar ocurre cuando evoca el relato de las invasiones mongolas: «Durante la invasión de Gengis Khan —afirman los contemporáneos—, los caballos casi no tenían otro alimento que las hojas, la corteza y las raíces de los árboles y a pesar de esto se hallaban siempre llenos de fuerza, de ardor y de agilidad». ⁷⁰ El asombro de las crónicas medievales ilustra cómo la resistencia del caballo, y no solo la ferocidad del guerrero era causa del terror que inspiraban los ejércitos nómadas.

Traslada entonces esa lógica a la conquista de América. Citando a los cronistas de Indias, recuerda que el caballo, desconocido para los indígenas, causó tal espanto que «huían despavoridos, cada uno por su lado, procurando salvarse del mejor modo que podían». ⁷¹ La superioridad psicológica y militar del conquistador se fundaba, por tanto, en la irrupción del animal-bestia. De allí que, según recoge Vallenilla Lanz, entre las medidas del gobierno colonial para asegurar la dominación española figurara la de «prohibir a los indios el uso del caballo». Este control era clave: si los caribes, tan fuertes y aguerridos, hubiesen contado con caballería, tal vez —como sugiere el autor— la historia de la conquista habría sido muy distinta. Vallenilla Lanz vincula esta tradición con la venezolanidad. Afirma que incluso quienes nacen en las montañas o en la costa tienen «algo de llanero», pues el caballo ha moldeado de modo decisivo la identidad nacional. Para ilustrarlo, trae el testimonio de viajeros sobre los tártaros:

Apenas deja un niño el pecho de la madre y tiene fuerzas suficientes, se le monta a la grupa de un caballo que se pone al galope obligando al muchacho a agarrarse con las dos manos a la ropa del jinete. Así se habitúan los Tártaros

69. Ibid., p. 167.

70. Ibid., p. 168.

71. Ibid.

desde muy temprano al movimiento del caballo y a fuerza de costumbre terminan por identificarse con su montura.⁷²

La descripción, aunque refiere a pueblos lejanos, bien podría aplicarse —dice— a la crianza del llanero venezolano. Estoy plenamente convencido de los paralelismos mencionados. De esta manera, Vallenilla Lanz traza un puente entre la historia universal y la experiencia criolla: el caballo, fuerza civilizatoria en manos de Atila o Gengis Kan, fue también la clave del dominio español en América y, más tarde, del temple indomable del llanero en la independencia. Su reflexión ilustra cómo la heroicidad venezolana no puede entenderse al margen de los elementos materiales y simbólicos que modelaron al hombre de armas, y entre ellos, ninguno más decisivo que el caballo y el medio físico. Hay cantos que, nacidos en las vastas pampas, encienden el sentimiento heroico que habita en los llanos de Venezuela. En ellos resuena la bravura del caballo, el temple del lancero y la fuerza indomable del horizonte. Aquí invoco uno de esos cantos, el de Delfín Aurelio Aguilera, cuyas palabras, escritas a los soles ardientes del Llano, parecen brotar de la misma entraña telúrica de la patria:

*¡La sabana! la pampa! la llanura!
¡Ob! ¡patria! ¡ob! ¡tierra! ¡ob! ¡cuna del llanero!
Tu sin rival y espléndida hermosura
Se roba todo nuestro amor primero
Por gozar de la luz hermosa y pura
Con que ardiente te baña el sol de enero,
Por dormir a la sombra de tus palmas,
Suelo generador de grandes almas,
¡Se puede despreciar al mundo entero!*⁷³

72. Ibid., p. 169.

73. Ovalles, *El llanero*, p. 188.

Trazando heroísmo en hechos bélicos, me gustaría destacar algunas menciones sobre las hazañas de Páez y Zaraza, y cómo estos lanceros constituyen ese grueso heroísmo venezolano. El heroísmo de los lanceros de los llanos, comandados por el general José Antonio Páez y el general Pedro Zaraza, fue una fuerza decisiva y asombrosa en la guerra de Independencia, y esa magnitud se alcanza a ver cuándo el Libertador lo declara como la *primera lanza de mundo*.⁷⁴ Estos dos guerreros, forjados en el vasto escenario de los llanos, eran considerados por algunos como especie de centauros semejantes a razas nómadas del África debido a su audacia imponderable y valor. Páez dirigía el Ejército de Apure, un poderoso instrumento de lucha, cuyos soldados eran ya considerados invencibles por los oficiales realistas; fue este ejército el mayor motivo de su orgullo, según rescata Tomás Polanco Alcántara en su biografía sobre el Centauro.⁷⁵

En Las Queseras del Medio, Páez guió a ciento cincuenta héroes que ejecutaron, en palabras altisonantes del propio Bolívar, «la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones»,⁷⁶ donde las columnas de caballería realistas sucumbieron al golpe de sus lanzas, demostrando que no eran una «gavilla de cobardes», como bien lo sabía Morillo;

74. Dice Víctor Manuel Ovalles: «El Gran Bolívar calificó de Primera lanza del mundo; y quien supo, por su amor a la gloria y la virtud del patriotismo, elevarse desde el mísero estado de peón hasta la Primera Magistratura del País y merecer el título de Ciudadano Esclarecido». Ibid., p. 105.

75. Tomás Polanco Alcántara, *José Antonio Páez: Fundador de la República* (Caracas, 2000), p. 39.

76. «El Libertador la consagró para la historia con una proclama altisonante: “¡Soldados! Acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento y cincuenta hombres, mejor diré, ciento y cincuenta héroes, guiados por el impertérrito General Páez, de propósito deliberado han atacado de frente a todo el ejército español de Morillo. Artillería, infantería, caballería, nada ha bastado al enemigo para defenderse de los ciento y cincuenta compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe de nuestras lanzas; la infantería ha buscado un asilo en el bosque; los fuegos de sus cañones han cesado delante de los pechos de nuestros caballos”». Mijares, *El Libertador*, p. 353.

asimismo, en Carabobo, su división fue la que decidió la acción. Por su parte, el intrépido general Zaraza, un incansable luchador que guerreaba en los Llanos de Guárico, se mantuvo luchando en azarasas correrías incluso después de la llegada de Morillo. Sus escuadrones, junto con otros, hicieron prodigios de bravura y se cubrieron de gloria, como se evidencia en La Hogaza, donde la caballería de su brigada, compuesta por dos mil hombres, luchó con sin par bizarría a pesar de que Zaraza tornaba a embestir blandiendo la rota lanza tras haber perdido dos caballos. Era un perfecto ejemplo del hombre del alto llano, un luchador infatigable y digno del nombre dorado de *patriota convencido*.

El general Pedro Zaraza fue un virtuoso. Nadie tuvo más bondad que este hombre crecido entre violencias. Su lealtad a Bolívar en la hora en que casi todos los que combatían anteponían intereses personales a la idea de patria, es tal vez la explicación mejor del carácter del hombre del alto-llano. Zaraza no fue más que un héroe que tuvo fe en Venezuela y que luchó bajo una doble coraza de lealtad y bondad. Zaraza sostiene en la orilla de su lanza la entereza que le guía. Le apresan un hijo en la rota de Medrano y sigue combatiendo. Su carta a Morillo es su perfil: noble, sereno. De su gente sale la lanza que atraviesa a Boves en la tormenta de Urica.⁷⁷

La única arma de muchos de estos llaneros era la lanza, a menudo simplemente astas aguzadas y endurecidas al fuego que sustituían al hierro, y que empleaban con una temeridad tal que llevaban el valor hasta la audacia, siendo capaces de hacer temblar a los españoles en el suelo de los Incas y contribuir a sellar la emancipación del Continente. Recordemos las palabras del general realista Pablo Morillo citadas por Augusto Mijares en su biografía

77. José Antonio de Armas Chitty, *Zaraza: Biografía de un pueblo* (Caracas, 1983), pp. 102-103.

sobre Bolívar, una vez consciente del espíritu invicto de los llaneros comandados por Páez:

En ese mismo año, parece que en una entrevista con el francés Roussin, exclamó: «Dadme cien mil llaneros y me paseo por Europa, en nombre del Rey de España».⁷⁸

El llanero es, sin duda, la criatura más original de la sociedad venezolana, y su psicología belicosa constituye la consecuencia natural de una geografía vasta y de un mestizaje cultural forjado en la lucha. El llano, con su inmensidad sin límites, enseña a sus hijos a desconfiar de todo y a someterse a nadie: *ni montañas ni señores*. De allí que la independencia individual y la soberbia se graben en su temperamento, como si la llanura misma —sin cercas ni muros— los educara para rechazar tanto al rey como al vasallo. Para el llanero, la ciudad es prisión y la guerra, su elemento vital.

Vallenilla Lanz advierte que sería un error analizar al llanero desde una óptica meramente racial.⁷⁹ Para él, el llanero no es una simple suma de sangre blanca, india y negra, es el resultado de la acción transformadora del medio geográfico. Como bien señala: «Cometeríamos un gran error si fuéramos a considerar psicológicamente a nuestro llanero como la resultante de la mezcla del blanco, del indio y del negro». Lo decisivo, insiste, es la influencia del espacio físico: «La herencia psicológica de las tres razas madres... desaparece por completo ante la acción fisio-psicológica impuesta por el medio». En esa vasta llanura, todos los tipos —peninsulares, isleños, criollos, indios y negros— terminaban convergiendo en un mismo carácter colectivo, donde lo común eran los hábitos, los impulsos guerreros y la aptitud física mode-

78. Mijares, *El Libertador*, p. 385.

79. Evidentemente, Armas Chitty converge en este tópico con Vallenilla Lanz, véase lo que dice al respecto: «Nómada siempre, no cambian sus condiciones psicológicas la alteración sufrida con el aporte de nuevas sangres». *Zaraza*, p. 18.

lada por la vida pastoril: «Indirectamente la manera de vivir que el medio entraña, reacciona sobre la formación del carácter».⁸⁰

De allí que, al estallar la guerra de Independencia, los llaneros irrumpieran en la historia como una fuerza telúrica indiferente a los orígenes raciales. Vallenilla recuerda que, en un principio, muchos entraron en filas realistas bajo jefes de diverso origen — Boves, Yáñez, Morales o Calzada—, y que entre ellos figuraban criollos blancos como Rafael López, Andrés Torrellas o Nicolás López de Arcaya, así como hombres de color como Facundo y Alejo Mirabal, Remigio y Antonio Ramos o Manuel González. Algunos de estos últimos, señala, pasarían más tarde al bando patriota para realizar «hazañas inmortales, como Rondón, el héroe del Pantano de Vargas».⁸¹

En el ejército republicano, continúa Vallenilla Lanz, esta pluralidad étnica no fue menos evidente. Páez mismo, el catire rubio, era para él «el prototipo de toda nuestra evolución étnica», y junto a él combatieron familias enteras de criollos (los Monagas, los Pulido, Nicolás Pumar, Fernando Figueredo) y clérigos que luego tendrían renombre, como el padre Ramón Ignacio Méndez. También estuvieron allí figuras negras, cuya identidad y participación registra apoyándose en el historiador Groot, quien afirmaba: «Leonardo Infante era negro de los más finos». En esa misma línea se contaban Laurencio Silva, Aramendi, Rondón, Cornelio Muñoz o Juan Sotillo, muchos de los cuales destacaron no solo en Venezuela, también en las campañas continentales del Perú y Bolivia. El núcleo de esta interpretación es que el medio y la vida pastoril fueron los verdaderos modeladores del carácter llanero. Por eso, escribe Vallenilla Lanz:

Así en ellos, como en todos los pueblos pastores, desde el beduino, el tártaro, el turcomano, el curdo, el cosaco, hasta el gaucho rioplatense, es el sentimiento de la inde-

80. Vallenilla Lanz, *Disgregación e integración*, p. 171.

81. *Ibid.*, p. 172.

pendencia, el desprecio profundo por las poblaciones agrícolas, sedentarias y urbanas lo que prevalece en su carácter». A ello se suma la tendencia a la formación de grupos antagónicos y dispersos, que solo logran unidad bajo la autoridad de un jefe, «quien la fuerza es la causa principal de la superioridad.⁸²

El gesto de Páez, Zaraza y Rondón, cabalgando solo con su lanza en arranques de temeridad homérica, prolonga la audacia y la formidable voluntad de los primeros conquistadores. Así como aquellos españoles del siglo XVI se lanzaron contra lo desconocido con un ardor casi suicida, así el llanero entra en la Historia arrastrado por sus instintos depredadores y sus rencores sociales, dispuesto a seguir a un jefe en quien reconoce prestigio y autoridad personal. La estructura de mando que organiza sus montoneras no es la del contrato, allí rige la de la lealtad directa, heredada de la relación entre caporales y peones en las haciendas. Después del cacique y del conquistador, irrumpe en la escena histórica el lancero. De los llanos infinitos brotó una forma inédita de heroísmo, forjada en la rudeza de la sabana y en la familiaridad con el caballo y la lanza. Era un heroísmo distinto, de arraigo telúrico y de impulso arrollador, que no tardaría en presentarse ante el mundo bélico con su estampa predilecta: la del triunfo definitivo.

EL ORDEN SOCIAL COMO VIRTUD HEROICA

En la época republicana, ese impulso vital por la lucha se transfirió de manera casi natural al escenario de la política. El alma quijo-tesca de los conquistadores revivió en las huestes capitaneadas por Bolívar: los hombres de la Independencia fueron la superación de un pasado de cultura que hundía sus raíces en la Conquista. Pero esa misma herencia de audacia y libertad incubó también el germen del caudillismo: la tendencia a subordinarse a un jefe caris-

82. Ibid., p. 173.

mático, más allá de las teorías democráticas, hundía sus raíces en la organización tribal de los primeros tiempos. La guerra de Independencia y las guerras civiles posteriores permitieron que sectores surgidos de las masas populares, como los llaneros, impusieran un régimen de gobierno personalista y de fuerza, donde la voluntad del caudillo se erigía como suprema norma social.

La ambición de mando, observada ya en los cronistas de la Colonia, como nos relata Parra-Pérez, aparece como un rasgo inquietante de los habitantes de la provincia, y que luego se convirtió en uno de los hilos conductores de la vida política venezolana, denotando así el carácter majadero de nuestra genética política: «El cronista eclesiástico nota que entonces “todos quieren ser jefes”, ambición tan genuinamente venezolana que no logra el tiempo destruirla ni siquiera aminorarla».⁸³ Ni el tiempo ni las instituciones lograron destruir ese instinto, que se perpetuó como parte esencial de la psiquis nacional.

El ciclo se cerraba, así, con una paradoja: la Revolución de Independencia, considerada el acto más ilustre de nuestra historia, no fue una ruptura absoluta con el pasado hispánico, sino que era la culminación de un proceso largo donde la violencia y la lealtad, la ambición y el heroísmo, fermentaron en las clases populares. La nacionalidad venezolana nació, pues, de la guerra, entre las primeras resistencias y actos de conquista con fines civilizatorios hasta el brote emancipador criollo: del crisol ardiente de la pugna colonial y de la violencia redentora de la Independencia, que fijó en la memoria colectiva el sello indeleble de un pueblo heroico y belicoso a la vez.

De allí surge la necesidad del caudillo, el hombre farol de las voluntades populares de inquietud anárquica, que Laureano Vallenilla Lanz llamó el *Gendarme necesario*: una figura fuerte, personalista y casi despótica, encargada de contener la turbulencia

83. Parra-Pérez, *El régimen español en Venezuela*, p. 224.

de las masas y darles forma política.⁸⁴ No se trata de una invención de laboratorio, fue la prolongación natural del heroísmo individualista del conquistador. Los jefes en Venezuela no se eligen: se imponen por el prestigio, el valor y la voluntad de hierro.⁸⁵ En la figura de Páez se encarnó ese dictador necesario —aunque no lo fue en un sentido técnico, pues Páez fue elegido por el congreso nacional—, no como tirano que asfixia y sí, en cambio, como fuerza de conservación social capaz de sacrificar su propia vida para impedir la ruina del país. La heroicidad venezolana, en este sentido, no se expresó únicamente en la batalla campal, apareció también en la difícil tarea de contener la barbarie latente y conducirla hacia el orden nacional.

La capacidad de mantener unidas a las montoneras, en un pueblo forjado en el instinto guerrero y en la disgregación regional, fue en sí misma una hazaña política y psicológica de magnitud extraordinaria. Sin esa cohesión, la independencia no habría alcanzado la victoria; con ella, el genio llanero encontró en Páez un conductor que supo dar dirección a la furia dispersa de las lanzas. Fue esta, al fin, otra expresión del heroísmo: la de transformar la violencia primaria en fuerza organizada, y la del guerrero solitario en caudillo fundador de una nación. La figura de José Antonio Páez condensa una de las paradojas más profundas de la historia venezolana: el guerrero indómito, nacido de la rudeza llanera y de la herencia de la Conquista, que se transforma en el gendarme necesario para salvar a la República del caos que él mismo había desatado.

Los rasgos primordiales de su carácter se acentuaron en la vida excepcionalmente dura del llano y su grande inteligencia natural se agudizó por el continuo trajinar en un

84. Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático: Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela* (Caracas, 1952), pp. 119–143.

85. *Ibid.*, p. 119.

medio hostil, donde la vida misma estaba en permanente peligro.⁸⁶

En 1814, Venezuela parecía sucumbir bajo el huracán de José Tomás Boves y sus hordas, cuya ferocidad desbordó todo orden. Fue Páez, y sólo él, quien logró atraer a aquellos hombres embrutecidos por la guerra y someterlos a su mando. No lo hizo con discursos abstractos ni teorías republicanas incomprensibles para sus oídos; sí lo hizo, pues, con su prestigio ganado en el combate, su fama de generoso y su absoluta identificación con la vida recia, montaraz y feroz de los llaneros. Véase lo expresado por Vallenilla Lanz al respecto:

Nada más lógico que Páez, Bermúdez, Monagas, fuesen los gendarmes capaces de contener por la fuerza de su brazo y el imperio de su autoridad personal a las montoneras semi bárbaras, dispuestas a cada instante y con cualquier pretexto, a repetir las invasiones y los crímenes horrendos que destruyeron en 1814, según la elocuente frase de Bolívar, «tres siglos de cultura, de ilustración y de industria».⁸⁷

De esta manera, las hordas desordenadas se convirtieron en el Ejército de Apure, un instrumento formidable cuya disciplina era *sui generis*: obediencia no a una institución, era la obediencia al jefe que compartía sus privaciones, daba ejemplo de valor y encarnaba en sí mismo la autoridad. La estrategia de Páez fue tan telúrica como cultural: aprovechar el conocimiento del llano y hacer de la caballería un arma imbatible. Pero su acto más heroico no fue una batalla; se trató de un gesto de sujeción: entregar, en nombre de sus llaneros, la obediencia a Bolívar. Esa aceptación de

86. Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar* (Bogotá, 1950), p. 177.

87. Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*, p. 120.

una jefatura política e ideológica que los guerreros no comprendían fue, en verdad, una de las mayores victorias del Libertador.

Al terminar la guerra, el destino le impuso a Páez un papel aún más difícil: contener la anarquía que había comandado. Venezuela, hacia 1826, vivía sobre un volcán de violencia, y el temor era que los llaneros, habituados al saqueo y a la lanza como instrumento de riqueza, regresaran a los antiguos crímenes. Entonces emergió Páez como único lazo de cohesión, como fuerza de conservación y defensor del orden constitucional. Esta misión lo condujo a una tragedia personal: enfrentarse a sus antiguos compañeros de armas, los Farfanes, que se rebelaban exigiendo impunidad y privilegios. La respuesta de Páez fue implacable: cayó sobre ellos con la misma fiereza que en los campos de batalla, ganándose el nombre de *León de Payara*. Así define el clima de la época bajo la lanza de Páez el fiel patriota Florencio O'Leary, cuyas palabras son recogidas en *Cesarismo democrático* de Vallenilla Lanz:

Es una verdad que nadie podría negar, que la tranquilidad de que ha disfrutado Venezuela desde que la ocuparon nuestras armas, se ha debido al General Páez, y también lo es, que, si él se alejase de su suelo, quedaría expuesto a que se hiciese la explosión, pues sólo falta, para que suceda esta desgracia, que se apliquen las mechas a la mina.⁸⁸

Aquel episodio —la discordia con los Farfanes—, aunque necesario para la estabilidad nacional, quebró su popularidad entre sus propios conmlilitones y lo obligó a sacrificar la camaradería en aras de la justicia. Páez, el guerrero que alguna vez encarnó al caudillo tribal, se convirtió así en representante de la sociedad civil y del orden, en un gendarme necesario cuya autoridad ya no se fundaba sólo en la lanza vencedora, era necesario apostar en la capacidad de preservar la República naciente. Sin

88. Ibid.

dudas, aquel robusto hombre del Apure ha sido para la conciencia heroica del venezolano similar a lo que fueron los mitos grandes de la antigüedad para otros hombres igualmente deseosos de hallar modelos arquetípicos de valor y fiereza; Páez desató una «labor constante, maravillosa, inmensa; capaz de fatigar a Hércules y de amenguar el genio batallador de Marte».⁸⁹

El valor más alto y trascendental de José Antonio Páez no reposa únicamente en su bravura temeraria en el combate, es en la extraordinaria capacidad para elevarse por encima de sus orígenes rudos y de la tentación del poder instintivo, transformándose en un Hombre de Estado y en guardián del orden civil. Su verdadera heroicidad no fue la del impulso, fue la grandiosa transformación: la conquista de sí mismo, del guerrero primitivo que devino fundador de instituciones, del caudillo que aprendió a gobernar con la misma firmeza con que antes cabalgaba hacia el peligro.

Lo cierto es que la grandeza de ánimo con que Páez se sobrepuso al medio en que nació y a los halagos que después lo tentaron, no se repite en la historia americana.⁹⁰

La historia de Páez es, pues, la culminación de un impulso heroico que atraviesa los siglos: del conquistador que funda ciudades al llanero que funda ejércitos; del caudillo que cabalga solo en Payara al jefe que se inmola contra los suyos para salvar la nación. En él, la heroicidad venezolana revela su doble rostro: fuerza telúrica y sacrificio civil, barbarie indómita y disciplina creadora, continuidad de la Conquista y génesis de la República. Su traslado histórico, el del *gendarme necesario*, no tardaría mucho tiempo en producirse tras la muerte de Páez. A comienzos del siglo XX, el espíritu del orden, la disciplina y la autoridad — que habían tenido en el Centauro de los Llanos su expresión más

89. Blanco, *Venezuela Heroica*, p. 286.

90. Mijares, *El Libertador*, p. 325.

genuína— renacería en Juan Vicente Gómez, quien en 1908 asumió el poder tras la enfermedad y ausencia de Cipriano Castro, ya despojado del respaldo popular y moral que en otros tiempos lo sostuvo.

El transcurso del siglo XIX venezolano fue, en suma, una larga sucesión de catástrofes y vorágines sangrientas, de barbaries desatadas y guerras civiles que parecían devorar una nación aún en formación, extraviada entre las ambiciones personales y los caudillismos mentecatos. Hubo, sin embargo, momentos de sosiego en medio de la tormenta: los gobiernos conservadores de Páez, Vargas y Soublette, tras la separación de la Gran Colombia, ofrecieron un respiro de orden institucional, y más tarde, con el triunfo del liberalismo, la figura del Ilustre Americano Antonio Guzmán Blanco imprimió una voluntad modernizadora que, aunque autoritaria, devolvió al país cierta estabilidad y sentido de progreso.

No obstante, el fuego del caudillaje no se extinguió. Continuó su marcha devastadora por los caminos de Venezuela hasta que, a finales del siglo, irrumpió una nueva fuerza histórica: la Revolución Liberal Restauradora.⁹¹ En ella se manifestó con ímpetu el temple de los Andes venezolanos, cuya energía, contenida durante décadas, buscaba expresarse en la conducción del Estado. De aquel movimiento surgirían tres figuras que marcarían un cambio de era: Cipriano Castro, caudillo audaz y patriota de verbo altivo; Eleazar López Contreras, entonces un joven oficial destinado a representar la transición hacia la modernidad; y, finalmente, Juan Vicente Gómez, el futuro Benemérito y Padre Protector de Venezuela, en quien el espíritu del orden y la disciplina halló su encarnación más perdurable.

Gómez, al igual que Páez, encarnó el arquetipo del jefe que

91. «Esta revolución iniciada con la invasión por el Táchira el 23 de mayo y que culminó en octubre de 1899, puso fin al dominio de lo que se llamó el Liberalismo Amarillo, para dar paso a un nuevo grupo que impondrá su larga dominación: Los Andinos. Bajo estos, Venezuela lograría ponerle fin al caudillismo y las guerras civiles». Napoleón Franceschi, *Caudillos y caudillismo en la historia de Venezuela: Ensayos históricos: Venezuela 1830-1930* (Caracas, 2019), p. 166.

emerge en tiempos de disgregación. Su ascenso no fue un accidente, se trató de una muy orgánica consecuencia natural de una sociedad que, agotada por el desorden, buscaba el restablecimiento del equilibrio. Así, el principio del gendarme se trasladó del caballo del llanero a la figura imperiosa del militar andino; el sable sustituyó a la lanza, pero la función simbólica permaneció: restaurar el orden, contener el caos, refundar la patria. Gómez cultivó activamente la imagen de un patriarca, que veía a todos los venezolanos como sus hijos y a Venezuela como una gran hacienda. Sus oficiales inculcaban a los soldados que el general era el único padre protector que tenían.

Lo que dije ayer, lo que sostuve en momentos difíciles sobre la fuerte y original personalidad del Jefe del País, en acuerdo absoluto con mis ideas y sentimientos, que es lo mismo que corrobora hoy la opinión nacional y el aplauso justiciero de todos los pueblos del mundo. Al General Gómez no se le discute ya: se le quiere, se le venera entre los suyos como el patriarca de la familia venezolana; se le admira en el extranjero por su obra formidable de estadista y por la franqueza y serenidad que su carácter ha impuesto al Gobierno más serio, progresista y fecundo en benéficos resultados que haya tenido Venezuela.⁹²

Una vez conseguida la paz, Gómez se proyectó como el Padre Protector de la Nación, una figura que sintetizaba el ideal del Gendarme necesario y legitimaba su autoridad bajo la idea del orden como principio moral. Su régimen, conocido como la *Rehabilitación Nacional* y enarbolado bajo el lema de *Paz, Unión y Trabajo*, representó una dictadura organizadora, cuyo propósito no fue la tiranía caprichosa, se propuso a sanear la patria a través de la restauración del Estado tras el prolongado desquiciamiento

92. Arturo Sosa Abascal, *La filosofía política del gomecismo: Estudio sobre el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz* (Barquisimeto, 1974), p. 112.

del siglo XIX.⁹³ Dentro de su rigor, Gómez logró consolidar una estructura de gobierno que devolvió a la República la sensación de continuidad, seriedad y solidez institucional, preparando el terreno para la modernización política y administrativa que habría de sucederle.⁹⁴

El heroísmo venezolano, tal como se manifiesta en la figura de Juan Vicente Gómez, representa una mutación histórica y psicológica del concepto. Si en el siglo XIX el heroísmo tuvo rostro de lanza y sacrificio —la audacia fulgurante de Bolívar, la temeridad homérica de Páez, el arrojo desbordado de los llaneros—, en el siglo XX ese mismo impulso épico se metamorfoseó en constancia, previsión y disciplina. Gómez, el centauro de hato y espada, no necesitó inventar batallas para afirmarse: su heroicidad radicó en el gesto de imponer la paz a un pueblo fatigado de guerras, en la virtud —en el sentido maquiaveliano de *virtù*— de tender el puente entre el desorden y la estabilidad. Su triunfo no fue tanto el de la oratoria gruesa o el vasto ideario político, su táctica primordial fue el de la voluntad callada y el cálculo persistente de los contornos de su medio, propio de un hacendado que trasladó al arte de gobernar la misma previsión con que organizaba sus rebaños.

La gloria que sus contemporáneos le reconocieron fue haber sepultado la guerra civil y clausurado el expediente sangriento del siglo XIX. Esa paz, aunque imperfecta, no era una ilusión: se sostenía en dos pilares que Gómez no inventó, pero sí consolidó hasta convertirlos en fundamento del Estado moderno: la centralización militar y la unidad territorial. La disciplina que antaño había sido caótica obediencia personalista se transformó bajo su mando en un ejército nacional, centralizado y permanente; la geografía que antes aislaba se unificó con carreteras que por

93. Ibid., p. 11.

94. Para mayor profundización sobre la materia, véase José Santos Chocano, *Idearium tropical: Apuntes sobre las dictaduras organizadoras y la gran farsa democrática* (Lima, 1922).

primera vez cosieron al país en un mapa común. Su heroicidad no puede medirse con los criterios postizos de la democracia, sino con los de la necesidad histórica: en un pueblo habituado a la lanza, el orden solo podía fundarse en la mano dura de un gendarme necesario. Recordemos, pues, aquella máxima siempre diáfana y penetrante de don Laureano Vallenilla Lanz: «Las cosas son como son y no como los ideólogos quisieran que fuesen».⁹⁵

La adulación de su tiempo, consciente o no de esta paradoja, lo colocó junto a Bolívar en el panteón, como si el destino hubiese querido que un hombre humilde, sin genio retórico, consumara la obra del Libertador mediante la instauración de la paz. El propio Gómez, en un gesto de falsa modestia, lo reconoció: a Bolívar le fue dado el genio colosal de la libertad; a él, *el más humilde de los venezolanos*, la misión de presidir la apoteosis de esa obra inmortal. En un sentido arquetípico, Gómez encarna las resonancias profundas de las ideas que Jordan B. Peterson formula a partir de la mitología comparada y de la psicología simbólica. En su figura se condensan los rasgos del *Gran Padre*: la autoridad suprema que protege y oprime, que organiza y disciplina, pero también que exige, castiga y corrige. Su presencia dentro de la historia venezolana vibra en el mismo ritmo que aquella descripción de Peterson: «El Gran Padre es sociedad patriarcal, tradición, pompa y circunstancia, complejo militar-industrial y superyó; exigente, rígido, injusto, peligroso y necesario».⁹⁶

Gómez aparece como la expresión visible de ese principio arquetípico: el guardián del orden que, aunque temido, es indispensable para evitar la disolución del caos. En su persona confluyen la severidad del patriarca bíblico, la disciplina del monarca solar y la sombra del caudillo andino que asume sobre sus hombros el peso del destino colectivo. Su gobierno, más que una simple dominación política, fue la manifestación simbólica

95. Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*, p. 210

96. Jordan B. Peterson, *Mapas de sentido: La arquitectura de la creencia*, (Barcelona, 2019), p. 345.

del *Padre necesario*, aquel que —como arquetipo universal— restablece la forma cuando el mundo se precipita hacia la desintegración.

El Gran Padre como Rey Sabio tiene un pie plantado sobre la Madre Terrible; los monstruos del caos están encerrados en sus mazmorras o desterrados en las regiones subterráneas del reino. Es la personalidad de los héroes muertos (es decir, los patrones de acción y las jerarquías de valor establecidas a través de la exploración en el pasado). Ello le convierte en el rey que recibe consejo de sus súbditos —que está dispuesto a interactuar de manera creativa con aquellos a los que legalmente «domina»— y que se beneficia de ese consejo de «los que no valen».⁹⁷

El heroísmo de Gómez no fue, entonces, el del combate que abre horizontes —que lo fue, en cierta medida—, pero fue también el de la contención que asegura la supervivencia patriótica. Fue el héroe del orden en un país fatigado de desangrados belicosos intestinos, el dictador necesario que encarnó la paradoja venezolana: solo mediante la prolongación de la guerra en la paz pudo extinguirse el terror secular de las guerras civiles. En su figura, la nación reconoció —quizá con alivio, quizá con resignación— que, en Venezuela, la heroicidad también podía consistir en mandar callar los fusiles, en imponer la disciplina, para alivio de los ciudadanos y, ciertamente, en el trazo de una ruta que exprese el elemento más requerido para gobernar con prudencia: el orden.

UNIVERSALIDAD HEROICA DEL VENEZOLANO

La conciliación del heroísmo universal en Venezuela encuentra sus dos vértices más paradigmáticos en Francisco de Miranda y Rafael de Nogales Méndez. Ambos, separados por más de un siglo,

97. Ibid., p. 347.

comparten la misma condición de exiliados de la gloria local: hombres de visión planetaria, de constancia inquebrantable y de destino trágico, cuyo reconocimiento mayor provino del mundo y no de la patria. Son precursores y universalistas, arquetipos del héroe agónico cuya grandeza radica en la amplitud de su horizonte y en la incompreensión nacional que selló sus existencias grandiosas.

Francisco de Miranda representa el arquetipo del héroe universal-intelectual. Fue el primer hispanoamericano en irrumpir con autoridad en los salones de Europa, un criollo que se convirtió en interlocutor de emperadores, generales y filósofos. Su universalidad no se mide solo por sus campañas militares en Norteamérica, Rusia o Francia, sino por la vastedad de su cultura: políglota, erudito, coleccionista de una biblioteca inmensa, y *pensador* que veía la emancipación como el inicio de un nuevo equilibrio del universo. Augusto Mijares lo define como un hombre de cabeza privilegiada y voluntad indomable que en cinco naciones sustituiría los estandartes españoles con las nuevas banderas que se daba la América. El presidente de los Estados Unidos de América John Adams dejó inmortalizada su impresión sobre este criollo que habrá sido el más grande y culto de todos antes de la irrupción de Bolívar el Genio:

Miranda adquirió entre nosotros reputación de haber hecho estudios clásicos, de poseer conocimientos universales y de ser maestro en el arte de la guerra. Se le decía muy sagaz, de imaginación muy viva y curiosidad insaciable.⁹⁸

Lavater, pensador suizo, le consagró este estudio de su carácter: «Hombre todopoderoso, tú vives en el sentimiento de tu fuerza. ¡Los secretos del corazón los ves, mejor que escucharlos! ¿Quién puede penetrar la realidad como tú, a quien tan pocas

98. Mijares, *El Libertador*, p. 133.

cosas escapan?»). Siempre me ha parecido admirable la descripción que de Miranda hizo Johann Lavater, cuya figura gozaba ya de respeto en toda Europa y cuyo espíritu analítico lo había hecho coincidir con los más eminentes pensadores de su tiempo. Y entre todos los hombres ilustres con los que se cruzó, fue Francisco de Miranda, el criollo de Caracas, quien lo dejó verdaderamente impresionado. Lavater vio en él algo que excedía la medida común del hombre ilustrado: un ser de hondas convicciones, de pensamiento vasto como las estepas, y de una cultura tan dilatada que parecía contener en sí el pulso intelectual de dos mundos.

Ese testimonio refuerza la imagen de Miranda como el hombre universal, el espíritu americano que atravesaba los juicios de su época con la naturalidad de quien sabe que pertenece a la historia y no a un solo país. Ninguna opinión adversa podía reducirlo, pues su genio y su destino estaban inscritos en las corrientes más amplias de la civilización. Lavater escribió también de él: «Es un hombre que lleva en sí un mundo de hombres... un mundo de inspiración y de energía».⁹⁹ Un hombre de guerras y de ideas, como lo fue Miranda, merece sin duda los más altos elogios que la historia pueda conceder. Pero cabe preguntarse: ¿a qué altura real se yerguen estos héroes venezolanos, estos ejes perpetuos de nuestra acción histórica y moral?

Para responder, tal vez convenga traer a este salón ensayístico las palabras de Napoleón Bonaparte, uno de los grandes hombres que trastocaron los cimientos del mundo, figura paradigmática del poder y la genialidad histórica. El corso, que rara vez concedía juicios benevolentes, definió a Miranda con una admiración singular: «Es un Don Quijote, con la diferencia de que éste no está loco», y añadió que era un «hombre que lleva el fuego sagrado en el alma».¹⁰⁰ Estas palabras, provenientes del propio

99. Augusto Mijares, *Lo afirmativo venezolano* (Caracas, 1963), p. 32.

100. «En una de esas reuniones Miranda y Napoleón se conocieron. Según la Duquesa de Abrantes, el futuro Emperador comentó ante ella: “Cené allí con hombres de la más grande importancia; y uno, entre otros, que desearía volver a ver: es un Don Quijote, con la diferencia que éste no está loco”. Y como la dueña

Napoleón —quien encarnó el arquetipo del héroe moderno según la teoría de Carlyle—, iluminan con resplandor nuevo la estatura espiritual de Miranda. No fue solo un revolucionario ni un soldado errante, fue sin dudas un Prometeo moderno, un espíritu misionero que hizo de su vida un puente entre la utopía y la historia misma.

Miranda —el Don Quijote que no estaba loco, según Napoleón— es el puente luminoso entre la España heroica y la América naciente. En él convergen los arquetipos de Eliade, Campbell y Carlyle: mito, viaje y grandeza. En su juventud, cuando aún vestía el uniforme español, Miranda llevó su ardor a las campañas del norte de África. En la defensa de Melilla, cercado por las hordas musulmanas, fue su bautismo de fuego: donde el desierto y el mar se confunden, el joven capitán criollo se probó en la audacia, en la táctica, en el arrojo. Luego, en la expedición contra Argel, la muerte lo rozó tres veces, y su mosquete —destrozado por una bala enemiga— se convirtió en su primera reliquia de guerra. Desde entonces, su destino no sería el reposo, sino la acción incesante.¹⁰¹

Años después, Miranda cruzó el Atlántico para servir en la guerra de independencia de los Estados Unidos, una gesta que prefiguraba la suya propia. En Baton Rouge, Natchez, Mobile y, sobre todo, en el sitio de Pensacola, su nombre comenzó a circular entre los altos mandos por su valor y pericia. Fue ascendido a teniente coronel y luego coronel tras la toma de las Bahamas.¹⁰² Aquella guerra —que no era aún la suya— encendió en su pecho la llama del heroísmo continental. Si en África había aprendido la

de la casa insistiera en saber a quién se refería, añadió: “Es el General Miranda: este hombre lleva el fuego sagrado en el alma”». Mijares, *El Libertador*, p. 162.

101. «En junio de 1774 pide a sus superiores un puesto de acción que le permita “desplegar su celo y energía”, para lo cual hace valer que posee adelantados conocimientos en ciencia militar, geometría, geografía, inglés, francés, italiano y latín. Así logra, a fines del mismo año, ir como voluntario a la defensa de Melilla contra los musulmanes». Ibid., p. 123.

102. Vicente Dávila, *Biografía de Miranda* (Caracas, 1933), p. 12.

disciplina, en América aprendió el sentido de la libertad. Así, mientras los cañones tronaban en Florida, en su interior germinaba el proyecto de una patria común. Su genio absorbía los métodos militares del Viejo Mundo y la ideología de las nuevas repúblicas, fusionándolos en un pensamiento precursor: la independencia no como ruptura, por el contrario, como destino histórico.

El último capítulo de su aventura militar lo llevó al corazón de Europa, donde se convirtió en mariscal de campo durante la Revolución Francesa. Fue allí donde el criollo de Caracas se alzó al rango de los grandes capitanes del continente. En Morthomme y Grand-Pré, derrotó con apenas dos mil hombres a un ejército prusiano tres veces superior.¹⁰³ En Valmy, su temple contuvo el pánico y evitó la desbandada que habría sellado la ruina del ejército revolucionario; por ello, su nombre fue inscrito entre los fundadores de la libertad moderna. Luego vino la toma de Amberes, una de las victorias más notables de las fuerzas republicanas, donde liberó la navegación del Escalda y se ganó el mando del Ejército del Norte. En Maestricht y Neerwinden, aun en la retirada, demostró esa serenidad de los héroes que saben perder sin deshonor. Su repliegue fue calificado por los cronistas franceses como una retirada heroica, ejecutada *con mucho orden y sangre fría* prueba de que la grandeza no depende de la victoria, sino de la capacidad de enfrentarse a la adversidad.

La heroicidad de Miranda se cifra menos en la espada que en la idea: el guerrero filósofo, comparado con Sócrates por unos y con Don Quijote por otros, que levantó el pendón de la América libre cuando aún parecía una quimera. Y, sin embargo, su grandeza culminó en el martirio: prisionero en La Carraca, con un grillete al pie, su vida fue el sacrificio de la constancia ante la incomprensión de sus propios compatriotas. Rafael de Nogales Méndez, ya en el siglo XX, se erige como el héroe universal-aven-

103. Ibid., p. 22.

turero, una reencarnación del espíritu indómito venezolano que halló su escenario natural en las guerras del mundo.

Nogales Méndez fue, en palabras de sus contemporáneos, un venezolano del mundo: combatió en Cuba, África, Asia, México y Turquía, siendo el único oficial neutral que peleó como tal en las filas de las Potencias Centrales durante la Gran Guerra. A pesar de haberse marchado a Alemania con tan solo siete años de edad — donde creció, se formó y alcanzó su madurez—, jamás olvidó la Tierra de Gracia donde nació. Ese clima de heroísmo, más que una secuencia histórica empolvada, constituye una genética sociológica, una impronta espiritual que se impregna y sobrevive en el alma. He aquí sus palabras al respecto:

Heredamos no solo por la sangre sino también por el ambiente que capta y conserva las virtudes plasmadas por las mentes e instintos de las generaciones que las han desarrollado fuera de su destino. Yo crecí en Europa y salí para Alemania a la edad de siete años, pero no puedo olvidar nunca ni nunca podré estar libre del recuerdo de mis días de infancia en mi tierra, bajo la exuberante riqueza de los trópicos de Sur América, donde la tierra marcha resuelta al cielo, plasmándose en este todos sus salvajes decorados que mueren diluidos en las desnudas rocas y cumbres cubiertas de nieve, brillando cual enormes joyas en la profusa luz estelar de las cercanas nubes.¹⁰⁴

Nogales continúa desentrañando algunas memorias sobre su estadía en Venezuela de la siguiente manera:

El Casino de Macuto, lo más concurrido en el verano en Venezuela, estaba profusamente iluminado. Algunas de

104. Rafael de Nogales Méndez, *Memorias*, trad. Ana Mercedes Pérez, 2 vols. (Caracas, 1991), I, p. 29.

las más bellas debutantes de nuestra Caracas elegante, vestidas a la última moda de París y apuestos caballeros, tanto civiles como militares, se deslizaban suavemente sobre el repulido piso de mármol del patio central. Silueteadas bajo el claro lunar o semidormidas misteriosamente en las sombras proyectadas por las parpadeantes lámparas, majestuosas palmares y pálidas rosas de Castilla, parecían escuchar en suspenso el rítmico rasguear de las guitarras y el retumbar de las olas en la distante playa.¹⁰⁵

Hay, pues, una estrecha relación entre este sentimiento patriótico, el sentido heroico y el arraigo a la propia tierra que comparten muchos de nuestros mayores héroes. Vivir por y para esa tierra, vivir en el más alto heroísmo representando la bandera de Miranda y Bolívar, con la energía de la resistencia cacique y la ferocidad conquistadora, una fuerza simbólica que halló recipiente idóneo en Nogales. Si Miranda fue el precursor, Nogales es el caballero andante que revive la estirpe de los conquistadores en una época que ya no correspondía a ese temple. Su ideología nacionalista, antiimperialista y admiradora de Bolívar lo sitúa en la línea de quienes vieron la patria más allá de sus límites territoriales, defendiendo a los pueblos débiles desde la dignidad de su lanza.

La sentencia con que justificaba su vida —Cuando veas una buena guerra, ve a ella— resume la vehemencia de un destino marcado por la acción incesante, la aventura y el sacrificio.¹⁰⁶ Y como Miranda, halló un final oscuro: sus restos, extraviados en una aduana, replican el destino de anonimato y confusión del Precursor. Cuando estalló la Gran Guerra, Nogales, extasiado de júbilo, vio en aquel conflicto la oportunidad de inscribir su nombre en la constelación de la tradición heroica de Venezuela. En ese campo de fuego y gloria hallaba el escenario natural donde

105. Ibid., I, p. 30.

106. Mirela Quero de Trinca, *Rafael de Nogales Méndez* (Caracas, 2010), p. 47.

su espíritu debía asistir, donde su temple encontraba su destino. Y así lo expresa él mismo:

Mi adiestramiento y experiencia de soldado me harían aprovechar al máximo esta maravillosa oportunidad. Miranda, uno de los libertadores de Venezuela, fue general en los ejércitos de Francia durante la revolución. Yo seguiría tranquilamente una honrosa tradición venezolana al ofrecer mi espada a una potencia extranjera, sin renunciar a mi nacionalidad.¹⁰⁷

Un venezolano singular, atravesó diferentes épocas y distintas guerras, se enroló en ejércitos extranjeros, se incrustó en los dramas de los tiempos modernos y fue un arquetipo brillante de la heroicidad venezolana. Si quisiéramos describirlo, dejemos que estas palabras pinten con veracidad su imagen histórica:

Un hombre inquieto, en constante actividad, ansioso de conocimientos y proclive a las aventuras, que lo llevaban a conocer monumentos, paisajes y gentes, en los momentos más inverosímiles: y quien con asombrosa facilidad viaja por cinco continentes, independientemente de los medios de comunicación de la época y el costo monetario que ello implicaba. En cambio, de su escasa correspondencia y artículos de prensa, emerge un hombre político, preocupado por su patria y la unidad latinoamericana. En sus libros, Nogales se presenta como un hombre que sin muchas explicaciones salta de uno a otro continente; que padeció hambre, cansancio, heridas y enfermedades, en su enfrentamiento con tiburones, jaguares, selvas, tormentas tropicales, tifones asiáticos, seguidos res del vudú, tropas del gobierno, cañoneras mexicanas, guardacostas venezo-

107. Nogales Mendez, *Memorias*, II, p. 80.

lanos y soldados enemigos; a veces victorioso, pero que no temió correr para salvar la vida.¹⁰⁸

Participó primero en la Guerra hispano-estadounidense de 1898, defendiendo la bandera española en los campos de Cuba. Allí, en el sitio de El Caney, Nogales, en grado militar de alférez, enfrentó cuerpo a cuerpo a un adversario cubano de fuerza y estatura colosal al que finalmente venció, dejando constancia de un temple forjado en la escuela de los antiguos capitanes ibéricos. Ese episodio simboliza el retorno del espíritu conquistador —la bravura sin cálculo, la entrega absoluta— pero ahora encarnado en un venezolano que lucha por honor, no por conquista.¹⁰⁹ Años más tarde, su paso por la Revolución Mexicana (1908-1909) revela al mismo hombre como un agitador de destinos, un encendedor de fuegos dormidos. En Chihuahua, al mando de un centenar de hombres, fue reconocido como *la última chispa de la revolución* de Flores Magón.¹¹⁰

Nogales Méndez tomó El Sacal, obtuvo armas y dejó tras de sí el eco del primer disparo de aquella revolución americana. Su participación no fue la de un mercenario, sino la del hombre que percibe en cada guerra una prolongación de la gesta emancipadora de su continente: la continuación de Ayacucho bajo otras banderas. Sería en la Gran Guerra (1915-1918) donde Nogales alcanzaría la plenitud de su leyenda. Fue el único oficial latinoamericano aceptado en las filas del Ejército Otomano sin renunciar a su nacionalidad, y uno de los pocos extranjeros ascendidos a General de División en Turquía. En el sitio de Van, dirigió de diez a doce mil hombres —turcos, kurdos y circasianos— contra los insurrectos armenios, demostrando una capacidad de mando que asombró a los mismos generales europeos.¹¹¹

108. Quero de Trinca, *Rafael de Nogales Méndez*, p. 106.

109. *Ibid.*, p. 20.

110. *Ibid.*, p. 35.

111. *Ibid.*, p. 57.

En Gaza, durante el año 1917, realizó una de sus acciones más audaces: acompañado solo de dos hombres, penetró las líneas enemigas para cortar los cables telefónicos del frente, contribuyendo decisivamente al triunfo otomano. Y en la península del Sinaí, de la cual llegó a ser el último gobernador militar, condujo operaciones de conquista y defensa, volando con sus propias manos los pozos de Bir-Biren para impedir el avance inglés.¹¹² Hay una anécdota, entre tantas, que gusta resaltar en el condecorado historial de este trotamundos criollo. En cierta ocasión, en una aldea transformada en un centro de operaciones militares, emprendió la misión de rescatar a un príncipe iraní, miembro de la familia Farman-Farmaian. Vestido como mendigo, intentando pasar desapercibido, este miembro real fue capturado entre aquellas montañas en los territorios de la antigua Persia. Liberado con sigilo, lo llevó sano y salvo a su familia. Tiempo después, este mismo príncipe le otorgaría una medalla por su valerosa acción.¹¹³

Para pintar con colores geniales la reputación de este Ares criollo, domador de la guerra, aunque con espíritu humanitario y servil, la prensa alemana exalta su figura y nos recuerda que sus laureles «llenarán indudablemente de satisfacción y orgullo, no sólo a su patria venezolana, sino a las repúblicas latinoamericanas en general». La conciliación de ambos nombres se da en el plano del símbolo y de la tragedia. Miranda encarna el Quijote que jura por la libertad de la Patria y proyecta un continente unido; Nogales, el *Sigfrido criollo* que combate contra los despotismos de su tiempo, convencido de la integridad histórica de América. Ambos son universales porque su heroicidad no se confina al terruño, sino que aspira a la humanidad entera.

Ambos personajes son trágicos porque la nación que los engendró los condenó al olvido o a la sospecha. Allí se revela un rasgo profundo de la psicología venezolana: mientras exalta al héroe consolidado —Bolívar, Sucre, Páez—, mira con recelo a los

112. Ibid., p. 58.

113. Ibid., p. 53.

heraldos de lo universal. Y, sin embargo, sin Miranda ni Nogales, el heroísmo venezolano quedaría mutilado de su dimensión más vasta: aquella que inscribe la gesta nacional en la historia del mundo. Tratar a Nogales no sólo nos acerca al acero de su espíritu, nos aproxima a los aceros de otros hombres igualmente valientes, como el capitán Sánchez Carrero. De hecho, Nogales Méndez hace mención de sus camaradas de nacionalidad cuya participación destaca en los trayectos de la guerra, pues sus luchas no fueron menores ni en honor ni en fiereza.

Nogales hace un reconocimiento a los latinoamericanos que lucharon del lado de los aliados y especialmente recuerda a los venezolanos, capitanes y tenientes *José de Jesús Sánchez Carrero*, *Luis Camilo Ramírez*, Rafael Urdaneta, Alonzo Ramírez-Astier, J. Guerrero-Iturbe, P. R. Rincones hijo, Mario A. Velásquez, J. Bastardo García, Fernando Tamayo y Carlos Heyden-Altuna. Aunque Nogales no lo menciona, del lado alemán también pelearon venezolanos, como Werner Rodé, quien murió en 1915, y Carlos Meyer Baldó, fallecido en 1933, y quien fuera uno de los fundadores de la Fuerza Aérea Venezolana.¹¹⁴

José de Jesús Sánchez Carrero se levanta como un eco de la tradición guerrera venezolana en un escenario que, aunque lejano geográficamente, era percibido como decisivo para el orden mundial: el frente occidental de la Gran Guerra. Coronel en Venezuela y capitán en Francia, su gesta encarna el tránsito del heroísmo criollo hacia la universalidad moderna —en la misma línea de Nogales—, confirmando que las fibras guerreras forjadas en las montoneras y en la epopeya de la independencia seguían intactas en el siglo XX. Nogales Méndez, que lo recuerda en sus memorias junto a Luis Camilo Ramírez y otros compatriotas, lo incluyó entre aquellos que hicieron «verdaderos prodigios de valor para mantener en alto la tradición guerrera de nuestra raza». En Sánchez Carrero se condensaba la herencia de siglos: el temple hispánico nacido en la Reconquista, la bravura criolla templada en

114. Ibid. p. 62.

las guerras civiles y la audacia individualista que, en él, se transformaba en constancia y disciplina al servicio de una causa internacional.

El contraste con Nogales, ya estudiado, sirve para comprender mejor la dimensión de Sánchez Carrero. Ambos surgieron de un mismo suelo nacional, ambos llevaban en las venas la impaciencia familiar de los conquistadores, y, sin embargo, sus caminos los condujeron a bandos opuestos de la Gran Guerra. Nogales, con su lema caballeresco —Cuando veas una buena guerra, ve a ella— encarnaba la aventura inmediata, la espada que no admite reposo, la acción desatada sin fronteras. Muchos combatientes venezolanos sirvieron en los diferentes frentes de la Gran Guerra, por simpatías ideológicas o por mero instinto guerrero.

Sánchez Carrero, en cambio, se alistó en la Legión Extranjera Francesa y combatió en Verdún, el Somme y el Argonne, alineándose con los Aliados, hacia quienes Venezuela sentía una natural simpatía por encarnar la causa de las democracias frente al despotismo militarista. Si Nogales representaba el impulso romántico y aventurero, Sánchez Carrero simbolizaba la heroicidad de la constancia, del sacrificio prolongado en la disciplina de la trinchera. Ambos, sin embargo, son ramas de un mismo tronco: el de la tradición heroica venezolana que trasciende banderas y se afirma como energía universal.

En Sánchez Carrero resplandece la fidelidad a las virtudes esenciales del heroísmo venezolano: la constancia, la dignidad y la capacidad de soportar penalidades en nombre de una causa mayor. En él se proyecta la misma fuerza que Bolívar definió como la del *hombre de las dificultades*, el temple de aquellos que solo florecen en medio de la adversidad. Aunque combatieron bajo enseñas extranjeras, ni Sánchez Carrero ni Nogales renunciaron a su identidad venezolana, valiosísima para ellos. El primero murió con la convicción de estar honrando la tradición guerrera de Venezuela en los campos europeos; el segundo, en sus escritos, insistió en enlazar sus experiencias con el recuerdo de Carabobo y Ayacucho. De esta manera, ambos reafirmaron que el heroísmo

venezolano podía adquirir dimensiones universales sin perder su raíz nacional.

Se dice que, durante su permiso de estadía en Venezuela, aún con la guerra encendida en el Viejo Continente, su recibimiento fue apoteósico, tanto las personas comunes, apenas enteradas de las hazañas, como las personas distinguidas del régimen gomecista lo acobijan con elogiosos comentarios sobre su valía: ¡es este el sentimiento de una heroicidad que no es ajena a nuestra raza combativa! Dos meses después, luchará y pasará no a las tumbas de los difuntos, sino a los escenarios de la inmortalidad guerrera. Sobre su tumba Eleazar López Contreras depositaría ofrendas florales, como demostración de cariño y respeto, por sus contribuciones a la gloria del gentilicio.¹¹⁵

La vida y muerte de Sánchez Carrero revelan, en última instancia, la continuidad de un fenómeno histórico-psíquico: la heroicidad venezolana como energía vital que se reinventa en cada época. En él se encarna la tradición de Páez y Ribas transformada en soldado de Verdún; la audacia de Bolívar modulada en disciplina de trincheras; la constancia hispánica elevada en sacrificio por una causa universal. Como Nogales, como Miranda, como Carlos Meyer Baldó en los cielos de Alemania, Sánchez Carrero confirma que el venezolano no se limitó a ser espectador de la Historia: su carácter, común a todos los grandes hombres, era proclive a entrar a las selvas oscuras y enfrentarse a las mismas fieras que desafiaron al florentino.

Luis Camilo Ramírez Rivas es otra figura venezolana que, al igual que Sánchez Carrero, llevó la heroicidad nacional al escenario de la Gran Guerra. Capitán de la Legión Extranjera Francesa, seis veces herido en combate y condecorado con la *Croix de*

115. «De regreso a París, pasé por el célebre molino Laffaux, sobre Chemines des Dames, donde cayó mortalmente herido nuestro compatriota Jesús Sánchez Carrero. Sobre su tumba, en el cementerio de Bois Robert, deposité una corona de flores a nombre del General Juan Vicente Gómez, y otra en mi propio nombre. Fue este el primer homenaje que le rindió un venezolano». Eleazar López Contreras, *Páginas para la historia militar de Venezuela* (Caracas, 1944), p. 85.

Guerre por el propio mariscal Joffre, encarna la síntesis perfecta del soldado aventurero y del héroe universal. Su vida muestra cómo el impulso de acción y la sed de gloria, heredados de la tradición hispánica y criolla, podían desplegarse en los campos más sangrientos de Europa, desde el Marne hasta Verdún, desde el Somme hasta Belloy-en-Santerre. En la célebre carga donde cayó Alan Seeger —su íntimo amigo y hermano de armas—, Ramírez se ganó un lugar en la memoria de la Legión y en la historia de la participación venezolana en la guerra.

La heroicidad de Ramírez radica no solo en su coraje físico, marcado por las cicatrices que llevaba en su uniforme como galones de honor, sino también en su sobriedad moral. Cuando se le preguntó si podía afirmar haber matado a un enemigo, respondió con modestia que estaba seguro de haberlo hecho muchas veces, pero que solo podía dar fe de uno: un oficial prusiano que había saltado a su trinchera, a quien derribó con un disparo certero. De aquel enemigo conservaba como reliquia la Cruz de Hierro, testimonio de un duelo singular en el que la tradición caballeresca del combate cuerpo a cuerpo parecía revivir en medio de la guerra industrial. La Gran Guerra, aunque era ya un estadio bien alto del desarrollo técnico del conflicto, seguía mostrando retazos de humanidad y caballería entre los hombres europeos. El trato a los prisioneros, e incluso la humilde tregua de 1914, serán ejemplos de este sentido humano y occidental entre soldados y oficiales sirviendo a sus países en la parte occidental del conflicto mundial.

Más allá de sus hazañas personales, Ramírez es símbolo de la heroicidad venezolana en clave universal. Representa al soldado de fortuna que, en la línea de Miranda y Nogales, se entrega a una causa extranjera sin renunciar a su identidad nacional. Su constancia, su capacidad de sobreponerse a seis heridas y volver siempre al frente, su fidelidad a los compañeros caídos, y su paso de un *joven sediento de aventuras* en 1914 a un *capitán respetado* en 1918, son testimonios de una virtud que lo enlaza con la tradición heroica del país. En él se reafirma que el temple venezolano —fraguado en

Carabobo y en los llanos— podía proyectarse en Verdún y en el Somme, con la misma obstinación y el mismo valor que habían hecho de todos los venezolanos aparecidos hasta este momento como figuras inmarcesibles, inoxidables de la grandeza congénita a nuestro gentilicio.¹¹⁶

A pesar de que nuestros guerreros han sido seres de fuego y plomo, representantes del acero caribeño en las estepas europeas, lo cierto es que la poesía venezolana ha dado dos hombres excepcionales. Uno de ellos, en el mismo modo en que Nogales, Sánchez Carrero y Ramírez sirvieron en Europa, condecorado por la Legión Extranjera de Francia, dorado nombre proveniente de esa estirpe heroica que se remonta, probablemente, al historial del general Rafael Urdaneta. Se trata de Ismael Urdaneta, ávido tejedor de versos, nacido en Trujillo, pero marabino espiritual.

Su vida nunca se limitó al simple hacedor de versos, los llevó él mismo a la gloria del campo de batalla. Ganó, en una ocasión, el premio al mejor poema por el centenario del 19 de abril en 1910, y ese episodio sirvió para darlo en exposición a la comunidad literaria de Venezuela. Su vida aventurera lo llevó por diversos rincones de Hispanoamérica y finalmente, con el mismo ritmo heroico de sus camaradas de nacionalidad, se enlistó en el acontecimiento del siglo hasta ese momento: la Gran Guerra de 1914 en la Europa pronto a desangrarse. Allí luchó con bravura, destacó, como nuestros héroes, siendo condecorado y alcanzó la fama de ser el poeta legionario de Venezuela; su vida habrá sido acaso la expresión fidedigna del mismo fenómeno que hemos reiterado, la heroicidad congénita del venezolano, la natural devoción a los grandes escenarios.

Cayó abatido, pero no murió, porque la muerte aún no lo rozaba con su manto, pero perdió por heridas graves una pierna que lo dejó inhabilitado hasta sus últimos suspiros. Esta detención física fue lo que desembocó en su profunda amargura y tristeza,

116. «Venezuela's Foreign Legion Hero», *The New York Times*, 7 de abril de 1918.

esa alma revoltosa y llamada a ser más de lo que es, pronto se vendría en un vórtice de cenizas. Estos hombres no soportan el estado de la inutilidad, deben hacer, obrar, construir, trazar rutas. El heroísmo lírico los atrae, pero no los hace vivos, los desinfla y los empolva. La verdadera heroicidad es aquella que cumple con el deber patriótico de representar la gloriosa tradición heroica de nuestra raza de hierro, plomo y fuego. Ismael Urdaneta se quitó la vida.¹¹⁷ Se arrebató su existencia en ausencia de un suceso mayor que lo desafiara. ¿No es este final similar a ese idealismo quijotesco abatido por la disminución de la aventurera? Piense usted por un momento en un Quijote amputado, por más que lo desee, la inmovilidad lo amargaría y lo oscurecería.

Otro gran venezolano, exponente lírico, descendiente del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre, compartió este camino de amargura, locura y final atormentador. Se trata de José Antonio Ramos Sucre, el más gigante de los versos y letra venezolanas, el poeta del heroísmo venezolano. Proveniente de Cumaná, esa tierra de sabios y guerreros creció entre símbolos, mitos y epopeyas griegas. Fue él un conocedor de los universos idiomáticos, se trasladó desde la antigua Atenas hasta los salones de los diálogos entre Fausto y Mefistófeles, atravesó las llanuras de los tiempos de la Independencia, se conoció con los espíritus de Bermúdez, Anzoátegui y Bolívar, y como todo hombre cercano a la tradición heroica de Venezuela, fue devoto al Libertador.

Ramos Sucre era un creyente de la influencia de los mitos y símbolos sobre la autoestima histórica de los pueblos como el nuestro, tan vasto en sus recursos históricos para inspirar a generaciones enteras de niños ansiosos por crecer y expresar con hidalguía y valor las reputaciones que nuestros antecesores fundaron. Apostaba la utilidad de erigir bustos de grandes hombres en los centros educativos, y, de hecho, en un discurso pronunciado ante

117. Caracciolo Parra-Pérez, «El legionario Ismael Urdaneta», *Revista Nacional de Cultura*, n.º 90-93 (1942), pp. 15-339.

un busto de Ezequiel Zamora, diría lo siguiente sobre el concepto del heroísmo y su rol en la sociedad:

En mi sentir, ninguna superioridad conquista al hombre con mayor justicia que el heroísmo, el perpetuo voceo de la fama, el fiel recuerdo de la historia o la inmortalidad en la carne inmarcesible del bronce. El más frecuente homenaje a esa virtud, el recuerdo de antiguas proezas asiste a los pueblos en momentos de prueba como un consejo de virilidad, y los alumbra y los guía como estrella. La ventaja moral ordena, con la gratitud, la elevación de las figuras heroicas en los lugares más públicos, en medio de árboles cuyas hojas caídas imiten con su remolino el desorden de un campo de batalla, bajo la inmensidad celeste y el lujo del sol, de modo que, expuesta a todas las intemperies como ayer al peligro su modelo viviente, la figura marcial reviva la visión de una actitud impávida en un día glorioso.¹¹⁸

Esta heroicidad suya sufrió los embates de la angustia del hombre, los dramas que doblan el espíritu y la tragedia que acucilla el alma, lo golpean durante años, entre enfermedades psíquicas, entre los delirios del insomnio, pero él resistió, combatió, se enfrentó a la muerte largos y tendidos años, aunque su destino, igualmente, compartió la efímera edad de su mayor héroe familiar. Su muerte, ocurrida después de un suicidio malogrado, sembró oscuridad, pero décadas después su herencia simbólica ha sido y seguirá siendo una guía que ilumina los pasos de nuestros jóvenes poetas. Se dijo de él: «Vivió Ramos Sucre heroicamente, si se entiende por héroe, no a quien muere en el campo de batalla, sino a quien se enfrenta con su propia angustia de ser hombre».¹¹⁹

118. José Antonio Ramos Sucre, *Obra completa* (Caracas, 1980), pp. 4-5.

119. Prólogo a *Obras*, Caracas, Ministerio de Educación, 1956.

EL HOMBRE DE LAS DIFICULTADES

La heroicidad de Simón Bolívar encarna una doble dimensión: es, al mismo tiempo, la cristalización del impulso fundacional de la nación venezolana y la encarnación de un ideal político y social que aspiraba a transformar el orden universal. Su figura no puede entenderse sin las raíces psíquicas del individualismo criollo, pero tampoco sin la transfiguración que le otorgó el genio: allí donde la soberbia y el espíritu de autonomía de la clase mantuana podían haberse reducido al localismo o la ambición material, Bolívar los sublimó en misión histórica y en destino continental. Cuando se trata a Bolívar a la vez se trata el marco histórico de las guerras de independencia, cuyas enseñanzas son tan vastas como vigentes, y a esto se refiere Uslar Pietri cuando comenta:

No hay duda de que los venezolanos tenemos en los hombres y en los sucesos de nuestra Independencia un caudal de gloria que es a la vez energía moral e invitación a la grandeza para el empeño de alcanzar un destino superior...¹²⁰

Él mismo se definió como «el hombre de las dificultades», encontrando su verdadero espacio no en la comodidad, era moldeable naturalmente en el peligro y en la lucha. Su grandeza no fue un don gratuito, era una conquista diaria hecha de constancia, coraje y voluntad incontrastable. La posteridad lo recuerda no solo como conductor militar, sino como la síntesis viva de un pueblo que halló en él la energía de su lucha condensada en un hombre. Su título de Libertador, superior a cualquier otro que haya inventado el orgullo humano, lo obligó a una combatividad y una perseverancia que superaban su propia naturaleza, dotando a la heroicidad venezolana de un contenido que trascendía la eman-

120. Uslar Pietri, *Cuarenta ensayos*, p. 97.

cipación política para convertirse en fidelidad a un ideal de justicia y de libertad.

Pero Bolívar no se detuvo en los límites de la nación. Como heredero del ideario de Miranda, convirtió el concepto de patria en un horizonte continental. Su visión apuntaba a inscribir la Independencia en un movimiento ecuménico: la creación de un nuevo equilibrio del universo, un mundo en el que América — libre de la tutela colonial— debía alzarse como ejemplo de instituciones renovadas y como fuerza dinámica en el concierto de las naciones. Allí radica la universalidad de su heroicidad: no en los triunfos bélicos, reposa en el proyecto de justicia social y política que concebía la libertad no solo como emancipación de los criollos, también como dignificación de los pueblos enteros, incluidos los esclavos y las castas marginadas. Su honda visión heroica, pues enlaza todos los elementos a su dimensión humana, se resume en sus propias palabras:

Yo siento que la energía de mi alma se eleva, se ensancha y se iguala siempre a la magnitud de los peligros. Mi médico me ha dicho que mi alma necesita alimentarse de peligros para conservar mi juicio, de manera que, al crearme Dios, permitió esta tempestuosa revolución para que yo pudiera vivir ocupado en mi destino especial.¹²¹

Ese impulso universalista se entrelaza, paradójicamente, con los instintos heredados de la clase criolla de la cual procedía. Bolívar pertenecía a una aristocracia orgullosa de su abolengo, habituada a mandar y convencida de su derecho a ser obedecida. Desde la infancia, su carácter fue alimentado por la indulgencia de su entorno y por la pedagogía popular de su negra Hipólita, que le infundió tanto ternura como confianza en su destino. Este ambiente formó un individuo marcado por el optimismo, la altivez y una voluntad indomable. Él mismo lo reconoció sin

121. Mijares, *El Libertador*, p. 417.

ambages: su carrera no era obra de la Providencia, sino de «las circunstancias, mi carácter, mis pasiones: mi ambición, mi constancia y la fogosidad de mi imaginación».¹²²

Sin embargo, esa herencia no lo redujo a instrumento de clase. En momentos cruciales, Bolívar rechazó las coronas y tronos que se le ofrecían, afirmando que *Libertador es más que todo*. Con ello elevó el individualismo criollo a un plano de sacrificio y misión colectiva, en abierta contradicción con los intereses esclavistas y oligárquicos de sus contemporáneos. Su heroicidad consistió en canalizar, allí donde otros caudillos se perdieron en la anarquía, las fuerzas disgregadoras de la sociedad colonial para convertirlas en unidad política. Fue capaz de dominar el caos de los llanos y de imponerse a rivales como Páez, Mariño o Piar, con la misma contundencia con la que triunfaba en Carabobo o Boyacá.

El Padre y Libertador fue un alfarero de repúblicas, fundador de nacionalidades, un etólogo de la condición del hispanoamericano en su hecho, en su ser y en su destino. Como los antiguos mitos de los grandes héroes, él se eleva de entre todos para alcanzar la máxima categoría. No es un dios ni semidios, es un hombre con voluntad solar, lo cual engrandece su dimensión humana, y eso es lo realmente valioso en su portentosa figura irreductible en virtudes y en valía heroica. Mucho se ha escrito sobre este hombre superior a Napoleón, Washington, Néstor, Héctor, Aníbal y Alejandro Magno, pues otros conquistadores, combatientes, no tuvieron ciertamente el don de la creación de las nuevas patrias. Él no balcanizó ni destruyó, sintiéndose plenamente español e hijo de España, jamás renegó contra su Madre espiritual, pero sí con sus hijos corrompidos y viciosos, quería la grandeza de los pueblos del Nuevo Mundo, y hacerse un lugar entre los gloriosos nombres de la Historia Universal.

Es suya la célebre proclama que dicta: el que lo abandona todo por ser útil a su país, no pierde nada, y gana cuanto le consagra. A esto se dirige el heroísmo, no sólo la inflación del ego y la vanidad

122. John Lynch, *Bolívar* (Barcelona, 2006), p. 36.

del reconocimiento, porque la gloria y la grandeza viene acompañada de elevados y superiores propósitos, metas que no se circundan al pequeño alcantarillado de las pasiones personales, y sí obedece, en cambio, a los objetivos de los mundos exteriores; los guerreros no luchan para sí mismos, se entregan para los otros, y en ese combate por el otro, en la afirmación cristiana de la defensa del prójimo contra el opresor irradiante, se define la voluntad solar que nos caracteriza y nos posiciona sobre los otros gentilicios, en donde ninguno alcanza ni con potenciadores históricos la calidad de nuestra estipe guerrera proveniente del Cid y el Conquistador. Hay un episodio que emociona al leerlo, el cual revela el verdadero temple de los héroes frente a los desafíos aparentemente definitivos, y son ellos los hechos que marcan la herencia simbólica de nuestros arquetipos de heroicidad patriótica.

A fines de 1823, cuando el sol del Perú parecía extinguirse en las sombras de la derrota, Bolívar vivió una de las pruebas más terribles de su existencia heroica. Exhausto por el incesante batallar, quebrado físicamente por las fiebres y el dolor, y acosado por la traición y la anarquía, el Libertador fue reducido a un cuerpo enfermo en una choza de Pativilca, un pueblito peruano. En ese remoto rincón del mundo, el héroe de América parecía apagarse, consumido por el cansancio de los hombres y el peso de las naciones que parecían no hallarse. El ejército patriota se hallaba disperso; la causa americana, vacilante; Lima, nuevamente ocupada por los realistas; y el propio Bolívar, demacrado, apenas podía sostenerse en pie. Pero, como si en él ardiera aún el fuego antiguo de los dioses solares, su espíritu no conocía rendición alguna ni ápices de pesimismo lapidario.

Joaquín Mosquera, enviado de Colombia, lo halló en ese estado: pálido, flaco, con los ojos hundidos y las piernas descarnadas, desbaratado en su totalidad física. Sentado en una pobre silla de vaqueta, con la cabeza envuelta en un pañuelo blanco, Bolívar parecía más un espectro que un hombre. Su voz era débil, su pulso, incierto. Y, sin embargo, en el fondo de aquella figura cadavérica, algo todavía ardía: una energía invisible, un fulgor que tras-

cendía el agotamiento. Al verlo así, Mosquera —dominado por la congoja y el desconcierto— se atrevió a formular la pregunta que todos temían: «¿Qué piensa usted hacer ahora, Excelencia?»

Entonces ocurrió uno de los instantes más sublimes de la historia americana. Bolívar, el moribundo, el vencido, el desterrado de su propia gloria levantó apenas la cabeza, y con los ojos encendidos de una luz casi sobrehumana, respondió simplemente: « ¡Triunfar!». ¹²³ Pero esa sublimación del individualismo también tuvo un precio íntimo. A medida que su figura se engrandecía, Bolívar conoció la soledad del héroe. Testigos extranjeros notaban en él una melancolía profunda, invisible para sus compatriotas: la tristeza de quien, habiendo superado los impulsos egoístas de su clase, había renunciado también a los pequeños placeres humanos en aras de una misión desmesurada. Ese temple trágico es parte inseparable de su grandeza: Bolívar no fue únicamente el Libertador de una nación, fue el héroe que transformó un instinto de dominio en una empresa universal, capaz de elevar el destino de América al plano de la historia universal.

SIGNOS HEROICOS

La heroicidad venezolana y sus exponentes históricos, desde los conquistadores fundacionales hasta los libertadores universales, constituyen un campo fecundo para ser comprendidos a la luz de las categorías de mito, arquetipo y gran hombre. Estos héroes, lejos de limitarse a proezas bélicas, se convirtieron en fuerzas metafísicas, en modelos ejemplares y en encarnaciones de la voluntad colectiva que dieron forma a la identidad nacional, y que hoy, a la lejanía de los tiempos de sus dinámicas existencias constituyen, sin dudas, un caudal de fuerzas interiores que nos inspiran a los venezolanos a continuar con nuestras labores.

El *mito* es entendido, en el contexto junguiano y de Mircea Eliade, como una narración que no solo describe eventos legenda-

123. Mijares, *El Libertador*, pp. 446-447.

rios, sino que revela *valores absolutos* y sirve como *paradigma* de actividades humanas. Los mitos heroicos universales relatan cómo un *dios-hombre* vence al mal (dragones, monstruos) y libera a su pueblo; dichos monstruos no son figuras literales como las aparecidas en los cuentos de hadas comunes o las leyendas arcaicas, funcionan como figuraciones fantásticas de amenazas que se repiten en un ciclo casi indetenible a lo largo de la historia.

Bajo ese prisma, la heroicidad venezolana puede leerse como una mitología histórica: la resistencia cacique, la conquista española, los actos de la Independencia, sus batallas y sacrificios, constituyen la historia sagrada de la nación, el relato fundacional donde el pueblo se reconoce y se justifica ontológicamente. Guai-caipuro, Ledesma, Miranda, Bolívar y Páez, en ese sentido, trasciende la condición del *puro hombre* y deviene patrón de acción fundamental, una figura cuya obra adquiere tal magnitud que la memoria colectiva tiende a envolverla en una atmósfera de antigüedad mítica.

El héroe detecta al dragón, o al menos admite su presencia, antes que los demás, y lidera la carga. Pero su regreso al reino del orden amenazado difícilmente vendrá acompañado de elogios, pues la información que ahora posee (o que tal vez es) parecerá alteradora y destructiva mucho antes de que se demuestre redentora. Es muy fácil considerar al héroe el peligro más profundo para el Estado, en consecuencia —y de hecho ello sería cierto si la parálisis absoluta del Estado no constituyera un peligro más fundamental.¹²⁴

El Libertador se ha convertido, en el imaginario venezolano, en el mito central de la fundación nacional. Su personalidad fue objeto de un intenso *culto a Bolívar*, transformándose en un *semi-dios infalible* y un *Símbolo sagrado de la nacionalidad y de la*

124. Jordan B. Peterson, *Mapas de sentidos*, pp. 456-457.

Patria. Esta mitificación es tal que se le ha llegado a llamar *Semidiós americano* y su vida se considera *teatral*, como una creación de poeta. Existe un estudio sobre su carácter psicológico, se titula *Bolívar de carne y hueso* de Francisco Herrera Luque, cuya exposición lo separa del cascarón mitológico y lo transforma en el hombre contradictorio y magnífico que fue el caraqueño universal en la tarima de lo cotidiano, de lo real.

El mito de Bolívar y el Bolívar real no distan de ser, verdaderamente, tópicos de estudio, pero, pienso, ambos constituyen una realidad definitoria según el objeto de las investigaciones. El Bolívar de la epopeya, el de la Venezuela Heroica, es un Bolívar similar al invocado por Mario Briceño-Iragorry, un Bolívar que no duerme con los difuntos, uno que viene latente en la conciencia venezolana, el símbolo que se repite dinámicamente a través de la actualización de sus patrones en la contemporaneidad, que se mantiene sagaz e intrépido en las nubes de la vibrante historia viva de la Patria.¹²⁵

Los grandes muertos forman el patrimonio espiritual de los pueblos. Son el alma misma de la nación. Pero no quiere decir ello que saberlos grandes sea suficiente para vivir sin esfuerzos nuestra hora actual. Quizá sea ésta una de las causas fundamentales de nuestro atraso cívico. Hemos considerado que los méritos logrados por nuestros mayores nos permiten vivir sin buscar acrecerlos. Hemos sido los herederos ociosos de la Historia. Y hemos considerado que nuestra misión principal como pueblo consiste sólo en pregonar a todos los vientos la gloria de nuestros Padres, sin pensar que los mayores contornos de esa gloria

125. «Debemos ver a Bolívar no como difunto, sino como el héroe que renace para el triunfo permanente y cuya apoteosis ahoga la misma voz de la muerte. Debemos tenerle cerca para escuchar sus admoniciones y enseñanzas y así medir nuestro deber de hoy en el campo de la dignidad humana». Briceño-Iragorry, *El caballo de Ledesma*, p. 57

sirven para hacer más duro el paralelo con nuestra deficiente obra del momento.¹²⁶

Arturo Usler Pietri mantiene vigente la línea del pensamiento práctico sobre el Bolívar símbolo, pues para él Bolívar no es una reliquia empolvada, empaquetada y que sólo ha de ser una etiqueta o signo utilizado en determinados momentos, es mucho más que eso:

Bolívar no es un héroe del pasado, confinado dentro de un limitado tiempo histórico. Es el hombre solar que convoca la creación de un nuevo mundo. No se limitaba su empresa a arrancar América del imperio español, sino que iba mucho más allá y penetraba en la infinitud del futuro. Para el apogeo de su gloria incomparable pueden bastar las grandes victorias libertadoras de pueblos enteros, con eso sólo tendría una de las páginas más esplendorosas de la historia de la humanidad, pero todo eso no era para él sino el paso previo indispensable.¹²⁷

Mircea Eliade señala que, al imitar a los dioses o a los héroes míticos, el hombre se mantiene en lo sagrado. En Venezuela, la Independencia fue mitologizada como «el Dorado de la grandeza», creando una imagen de orgulloso sacrificio que impulsa la expectativa de la llegada mesiánica del héroe sobrehumano. De manera similar, Alonso Andrea de Ledesma, a pesar de ser un héroe solitario y poco conocido, es invocado como un «mito que simboliza las virtudes heroicas de un pueblo»,¹²⁸ cuyo acto heroico fue «una locura magnífica que ilustra toda la vida de su

126. Ibid., pp. 57-58.

127. Ibid., pp. 57-58.

128. Briceño-Iragorry, *El caballo de Ledesma*, p. 144.

época», comparándose su sacrificio con el espíritu de Don Quijote.¹²⁹

El arquetipo del héroe surge cuando el *ego* —la mente consciente— necesita fortalecerse, recurriendo a las fuentes de fortaleza del inconsciente. El mito ofrece un *esquema imitativo* que anima a la identificación con el héroe. La historia venezolana, al buscar constantemente en el pasado glorioso de la Independencia, demuestra esta necesidad colectiva. Incluso figuras indígenas como el cacique heroico Guaicaipuro son recordadas como «*glorias más puras de Venezuela*», integrándose a la galería de héroes americanos, a pesar de no pertenecer ciertamente a la defensa consciente de una nación o patria definida.

La muerte, lejos de clausurar la vida de los héroes, los transfigura en símbolos permanentes. La conciencia nacional, ante la represión o la frustración, los eleva a un plano distinto de la realidad objetiva y los convierte en presencias mucho más vivas que las de la carne. Bolívar, convertido en recipiente egregio de los anhelos colectivos, brilla como el hombre de América, cuyo ejemplo es la gloria eterna y cuya figura resplandece como símbolo sagrado de la patria. Del mismo modo, la honradez austera de fundadores civiles de la nacionalidad como el doctor José María Vargas se magnifica en el recuerdo hasta volverse mito cívico, un ideal que, aunque intangible, se convierte en fuerza viva que orienta el alma venezolana, como otras referencias, tales como Fermín Toro, Cecilio Acosta o Carlos Soublette.

Joseph Campbell, autor de obras relacionadas a los ciclos míticos, célebre mitólogo y estudiante junguiano, define la aventura del héroe —lo que se conoce como el proceso del monomito— como la *unidad nuclear* de la mitología, comprendida en el proceso arquetípico de *separación-iniciación-retorno*. Esta travesía implica que el héroe se retira del mundo ordinario, se enfrenta a fuerzas fabulosas —peligros— y regresa con dones para la comu-

129. Ibid., p. 108.

nidad.¹³⁰ La vida de Bolívar se ajusta a este patrón arquetípico, por las aventuras teatrales que compusieron toda su totalidad de existencia humana. El llamado a la aventura que recibe es ineludible. Aunque su grandeza surgió gradualmente, dolorosamente, los momentos clave de su juventud en Europa marcan la separación y el compromiso. El Juramento del Monte Sacro en Roma, presenciado por su maestro Simón Rodríguez, simboliza la iniciación y la dedicación a su destino. Es en esos lugares históricos donde el deseo de entrar en la historia gloriosamente se acrecienta.

La iniciación heroica a menudo implica una muerte simbólica. Los héroes enfrentan pruebas o duelos silenciosos contra rivales o el caos. El Libertador tuvo que luchar por largos años consigo mismo y contra innumerables circunstancias adversas. La temprana muerte de su padre, a quien no conoció verdaderamente a profundidad, posteriormente la muerte de su madre, cuya desaparición marca un desajuste psicológico en el niño Bolívar, quedando a cargo de la negra Hipólita. Tras sus viajes a Europa, especialmente en Madrid, cuando conoce a su esposa María Teresa, en los momentos de su formación intelectual a cargo del Marqués de Ustáriz, regresa triunfalmente, con el romance juvenil encendido, pero la muerte volverá a rozar su vida y esta vez se llevará a María Teresa, causándole un dolor irreparable, cuya sanación llegaría tras la intervención de su maestro Simón Rodríguez, salvándolo de su errante ciclo de excesos en París.

Rodríguez lo empuja hacia las enseñanzas fundamentales que comenzaron años atrás, cuando Bolívar era aún un niño rebelde y don Simón un joven sabio envuelto en conspiraciones y rumores. Sus andanzas juntos devolverían el brillo del idealismo quijotesco en el alma siempre dinámica y resolutiva del futuro Libertador. El héroe se somete a un poder mayor para experimentar el renacimiento. La conciencia de su genio y su voluntad indómita le

130. Joseph Campbell, *El héroe de las mil caras: Psicoanálisis del mito* (México, 1972), p. 25.

permitieron emprender la emancipación. El retorno del héroe, como lo enseñan los arquetipos universales de la epopeya, es siempre la prueba más ardua del ciclo heroico: volver al mundo con la luz que se ha conquistado en la oscuridad. En el caso de Simón Bolívar, este retorno se manifiesta en múltiples planos — histórico, espiritual y mítico—, y constituye una de las lecciones más profundas de la conciencia venezolana.

En su primer regreso, siendo apenas un joven oficial inflamado por las ideas de la Ilustración, Bolívar trae consigo el sueño impalpable de la Independencia. Es el iniciador, el soñador que se alía con los hombres de su tiempo —Miranda, Bello, Rodríguez— para encender la chispa de un nuevo mundo. Sin embargo, ese primer impulso se disuelve pronto en la tragedia de los años iniciales: la caída de la Primera República, el desastre de Puerto Cabello, las jornadas de persecución y destierro. Es entonces cuando la figura del héroe se hunde en el caos, cuando los dragones de la guerra civil —Boves, Monteverde, Morillo— envuelven a Venezuela en un festín de sangre. Pero en medio de ese abismo, Bolívar madura; la derrota lo temple, el sufrimiento lo depura, y de aquel joven idealista surge el conductor de pueblos, el estratega del destino venezolano.

Su segundo retorno, ya como Libertador, es el del hombre que ha vencido a los demonios de la historia. Trae el don de la libertad, la espada de la victoria y la palabra del legislador. Su paso por América es una resurrección colectiva: emancipa y gobierna, funda repúblicas y ordena instituciones, es a la vez Prometeo y Moisés. Su presencia encarna la restauración del *orden solar* después de la noche colonial. Pero, como en todo mito heroico, el triunfo del héroe conlleva su condena: su sacrificio es indispensable para la continuidad del mundo.

El final de Bolívar, enfermo, exiliado y rodeado de ingratitud no contradice su gloria; la consuma, la completa, y en esto está de acuerdo Uslar Pietri. Es el retorno trágico del héroe que, habiendo entregado su fuego a los hombres, se ve repudiado por ellos. Su muerte en Santa Marta, despojado de poder y compañía, simbo-

liza el destino inevitable del libertador: morir en la soledad de quien cumplió una misión sobrehumana. Pero en esa agonía silenciosa resplandece lo más alto del espíritu venezolano: la certeza de que toda obra grande exige sacrificio, y que el héroe, aun incomprendido, deja tras de sí una llama que renueva el mundo.

El retorno de Bolívar no es solo histórico: es moral, espiritual y eterno. Cada generación venezolana, cuando recuerda su figura, revive ese viaje del héroe que se eleva desde el fracaso hasta la trascendencia, y que enseña que la verdadera victoria no está en ser comprendido por los hombres, sino en haberlos elevado a una altura donde puedan, algún día, entenderlo. En su historia presenciamos el signo heroico de «la hora del despertar, del destruir mentiras, de la unidad de acción y de una bolivariana salvación de la nación».¹³¹ El héroe actúa como un *actor* que «focaliza la fuerza colectiva», surgiendo de la *necesidad multánime de los pueblos*.¹³²

Bolívar es el ejemplo paradigmático del *Grande Hombre* venezolano. Pensadores como Blanco Fombona lo sitúan en el «supremo grupo de héroes de la guerra», al lado de César y Napoleón, destacando su genialidad poliédrica. El Grande Hombre no es artefacto del azar, es un preparador consciente de la nueva edad histórica. Bolívar, con su mirada clarividente y su genio avasallante, personificó las mareas de la voluntad social de su época. El concepto del *Grande Hombre*, elaborado por Thomas Carlyle y refinado por Jacob Burckhardt, constituye una de las más altas interpretaciones del genio histórico. Según Carlyle, «la historia del mundo no es sino la biografía de sus grandes hombres», pues ellos concentran, en su persona, la energía espiritual de los pueblos y el destino mismo de la humanidad.¹³³ No son simples testigos del devenir, son modeladores: condensan en su acción las poten-

131. Uslar Pietri, *Cuarenta ensayos*, p. 187.

132. Jacob Burckhardt, *Reflexiones sobre la historia universal* (México, 1961), p. 33.

133. Thomas Carlyle, *Los héroes* (Madrid, 1985), p. 41.

cias latentes del espíritu colectivo y las elevan a la categoría de hecho histórico.

Bolívar encarna, en el ámbito venezolano e hispanoamericano, el paradigma de ese *Grande Hombre*. En él se manifiestan las cualidades que Carlyle atribuye al héroe de la historia: la clarividencia moral, la capacidad de mando y la fe absoluta en una misión superior. Es el hombre que no se deja arrastrar por los acontecimientos. Él los crea, que no se resigna al destino: lo escribe con su diestra de hierro. Como subraya Rufino Blanco-Fombona, Bolívar pertenece al supremo grupo de los héroes de la guerra, junto a César y Napoleón; por sus victorias militares, por la amplitud polifacética de su genio escandaloso. Fue guerrero, pensador, legislador y poeta de la acción. En su voluntad se funden la espada de Castilla y la palabra criolla, la tempestad hispánica y la idea venezolana. Su figura no responde a los moldes del caudillo regional, sino a la del fundador de civilizaciones.

Burckhardt observó que el *Grande Hombre* es aquel que logra expresar, con una claridad casi divina, las fuerzas invisibles de su tiempo. Bolívar fue esa conciencia superior que comprendió antes que nadie el drama y la posibilidad de América. Su genio no fue un accidente, fue una necesidad histórica: la encarnación de una patria en busca de forma, el relámpago que revela el rostro de un continente. Nuestro Padre Libertador representa el punto culminante del espíritu heroico venezolano: aquel en que la individualidad alcanza su plenitud creadora y se confunde con la voluntad del pueblo. Bolívar no fue un héroe que sirvió a la historia; fue la historia misma tomando cuerpo en un hombre.

El culto del héroe constituye el gran elemento modificador de la historia y la raíz más profunda de la admiración humana. Es, en esencia, una forma de fe: la creencia de que ciertos hombres excepcionales condensan en sí las virtudes supremas del espíritu humano y las devuelven multiplicadas a su pueblo. Esta veneración —que Carlyle consideraba el más noble de los sentimientos humanos— no es mera idolatría vacía como gustan de pintarla los entusiastas nihilistas: se trata del reconocimiento de una fuerza

creadora que impulsa a la sociedad hacia su superación moral y estética.¹³⁴

En Venezuela, esta devoción se materializó con claridad en la exaltación de los Libertadores. Páez, ya con los lingotes de oro que constituye su reputación guerrera, es recibido en Nueva York con el fervor que solo despiertan los mitos vivientes, simbolizaba el retorno del héroe clásico al escenario moderno; mientras que Ribas, caído en la derrota, pero eternizado en la memoria, encarnaba la virtud del sacrificio. Ambos, como Ledesma en su soledad heroica o como Miranda en su universalismo, participan de esa energía solar que ha nutrido el imaginario heroico del país.

El héroe venezolano —a menudo ecuestre, telúrico, de lanza o sable en mano— prolonga el linaje homérico del guerrero. Representa la fusión entre el ideal clásico de la gloria y el impulso cristiano del deber. En ellos persiste la doble naturaleza del conquistador y del redentor: la fuerza civilizadora que doma el caos y la inspiración espiritual que eleva la vida común. Por eso, sus gestas evocan no solo a Aquiles o a Cortés, invoca al arcángel que combate por el orden divino. Desde las pampas del Llano hasta los Andes, estos héroes sintetizan los atributos heráldicos del león —la valentía—, del águila —la visión— y del zorro —la prudencia—; pero, sobre todo, poseen la virtud superior: la de hacer historia, crear leyenda y personificar el mito. Son los símbolos vivientes de la nación en su perpetuo combate por la dignidad eterna.

En el plano teórico, los grandes exponentes del heroísmo venezolano —de Bolívar a Páez, de Ledesma a Gómez— se inscriben con precisión en los marcos de los históricos conceptos heroicos. Todos comparten el esquema arquetípico del *viaje del héroe*: separación, iniciación y retorno. Se elevan del mundo ordinario hacia la prueba, regresando transformados para otorgar al pueblo el fuego sagrado del conocimiento o la libertad. Pero este fuego, como enseñó Prometeo, es también ambivalente: puede iluminar

134. Ibid. p. 39.

o destruir. De allí que el culto del héroe en Venezuela oscile entre la veneración del Libertador y la mitificación del caudillo, entre el ideal del guía y la tentación del dominador. Aun así, estos hombres, más allá de sus excesos o caídas, son símbolos eternos: recordatorios de que el alma venezolana, cuando se alza en su plenitud, es capaz de rehacer el mundo a su imagen heroica.

CRUZADA PATRIÓTICA

Actuamos con heroísmo para reactualizar los ciclos míticos y traer a nuestras acciones contemporáneas las energías de los grandes héroes venezolanos. Esta cruzada por el rescate del heroísmo venezolano, por comprender la génesis de nuestra conciencia heroica y desentrañar las hondas realidades históricas que nos dieron cohesión en medio de la heterogeneidad de nuestras razas y estratos sociales, no se reduce a una búsqueda de exaltación romántica ni a la vana pretensión de restaurar el ornamento retórico con que antaño se revestía la historiografía. No pretendo hacer de la Historia un mosaico de palabras vacías para deslumbrar a las masas. Busco, más bien, restituir a los venezolanos los símbolos que nos pertenecen, reavivar nuestros mitos y trasladarlos a la vida cotidiana, a las rutinas más simples y a las luchas más íntimas, para que fortalezcan la autoestima patriótica en momentos en que nuestras debilidades son exhibidas y juzgadas con saña, bajo el señalamiento de ser el más desdichado de los pueblos de América y, acaso, del mundo.

Porque creo, con convicción altísima, que somos herederos espirituales y morales de una constelación de figuras que van desde el bramido indómito de Guaicaipuro hasta la disciplina fundadora de Páez. El cacique nos legó la fiereza del arraigo y el espíritu de resistencia telúrica; Alonso Andrea de Ledesma, en su gesto quijotesco de lanzarse contra los piratas, nos entregó la vigilia del honor; Miranda, universal y precursor, nos mostró la fuerza de la idea que se convierte en destino; Bolívar, en su plenitud de genio, sublimó el individualismo criollo y lo transfi-

guró en epopeya continental; y Páez, centauro del Apure, encarnó la capacidad de dar cohesión a las montoneras y convertirlas en ejército victorioso. Todos ellos nos enseñan que la heroicidad venezolana es un legado vivo, un patrimonio de la sangre y del espíritu que no debe quedar en la inercia del recuerdo, permanece revoloteando como fuerza orientadora en el presente.

Venezuela aún tiene misiones inconclusas. La victoria constituye nuestra corona de vida, la grandeza está escrita en los anales de nuestra historia, y nuestra natural inclinación al mando —ese impulso vital hacia la jefatura en todos los órdenes humanos— nos convoca a no renunciar jamás a los caminos de la gloria. Porque donde haya un venezolano que recuerde la resistencia brava de Guaicaipuro, el empuje sacrificial de Ledesma, la universalidad de Miranda, el genio insuperable de Bolívar o la fiereza avasalladora de Páez, brillará también la certeza de que nuestro destino no es la derrota.

Porque, citando a Hemingway, «el hombre no está hecho para la derrota; un hombre puede ser destruido, pero jamás derrotado».¹³⁵ Pues bien, yo proclamo que el venezolano no está hecho para el sepulcro del fracaso, porque un venezolano podrá ser amedrentado, podrá ser herido por las miserias del tiempo o las injusticias de la historia, pero jamás será derrotado. El triunfo es nuestra ley natural, la savia heroica que fluye en nuestra sangre y el mandato silente que nos transmitieron nuestros héroes de antaño. En ese mandato se halla escrita nuestro deber de elevarnos por encima de las cenizas y proclamar, con la frente en alto, que Venezuela aún tiene una heroica misión universal que cumplir.

Hemos hallado, con fortuna y lucidez, un tino providencial en el hecho mismo de la Conquista. A pesar de los repetidos intentos por sepultar la defensa hispánica bajo los mantos mohosos de ciertas historiografías y de las ideologías miserables que han hecho del indio una insignia vacía —no un hombre, sino un pretexto—, nuestro tiempo parece dispuesto, al fin, a entender el pasado con

135. Ernest Hemingway, *Obras escogidas* (Santiago, 1992), p. 553.

la madurez que merece. El verdadero problema ya no es la incomprensión del origen, sino el odio hacia el héroe. Habitamos una Hispanoamérica caduca, hundida en su pozo de mitos falsificados, extraviada entre los delirios de un progresismo sin alma y el escepticismo patriótico que nos atormenta por las consecuencias vergonzosas de nuestro atraso.

Más nos vale —¡y que sea pronto! — obedecer la orden moral de restaurar los ciclos heroicos que dieron forma a nuestro carácter, e invocar, con realidades nuevas, acciones fecundas y proyecciones firmes, las imágenes siempre vivas de nuestros grandes hombres: de Miranda, el peregrino de la libertad; de Bolívar, el centauro solar de América; de San Martín, el héroe callado y austero que cruzó los Andes como Moisés su desierto. Y aún más atrás, debemos convocar también a los fundadores de la gesta hispánica, los Cortés, los Pizarro, los Colón; hombres que, con sus luces y sombras, convirtieron el azar en destino y el caos en civilización.

Que sus espadas, sus armaduras y sus rezos, su fe incommovible y su lengua inmortal —capaz de engendrar al Quijote y abrir los portones del Cielo— nos guíen y nos devuelvan la conciencia de nuestra misión. Solo así podremos cohesionar, con sangre y espíritu, los procesos dispersos de nuestra historia, transformándolos en un jugoso caudal de vitalidades morales y espirituales. Porque esta heroicidad nuestra, heredada de los antepasados españoles y templada en las resistencias caciques, fue luego sublimada, romántica y heroicamente, por los salvadores y fundadores de nuestras nacionalidades modernas.